3

Der Kanonenkönig

Nadie puede saber a ciencia cierta lo que impulsó a Alfred a fabricar su primer fusil. La familia no había tratado con armas desde que su padre produjera las bayonetas, y como la última partida de éstas salió de Essen cuando Alfred tenía siete años, cualquier recuerdo que tuviera del hecho, debía de ser indudablemente muy borroso. La fabricación de armas, en realidad, era una antigua tradición del viejo Ruhrgebiet, y, sin embargo, no parecía tener sentido para un joven industrial de la nueva era. Las armas clásicas fabricadas en el Ruhr eran las espadas, y la antigua sede de los armeros era Solingen, donde, no obstante, los artesanos se dedicaban, cada vez más, a producir cuchillos y tijeras. Al carecer de pruebas, las conjeturas se imponen. Los actuales admiradores de Krupp sugieren que Alfred se sintió inspirado por el orgullo nacional. Uno de ellos manifiesta que en aquellos altivos días, «el genio poético del joven alemán estaba saturado de ideales militaristas, y la muerte en combate era codiciada como un sagrado deber hacia la patria, el hogar y la familia». Esto dice más sobre la leyenda germánica que sobre la historia de Krupp. Si Alfred era un joven idealista, indudablemente lo disimulaba muy bien. De acuerdo con otra opinión, Alfred sólo tuvo que mirar uno de sus rodillos laminadores de veinte centímetros de diámetro, y pensar jocosamente que si lo ahuecaba tendría un aspecto muy belicoso. En verdad esto tampoco parece demasiado convincente, y no hay pruebas que lo apoyen. Además, no se ha establecido que los primitivos rodillos de Krupp tuvieran semejante diámetro (1).

Según un tercer relato, Hermann fue a Munich en viaje de negocios cuando tenía veintidós años, y un comerciante de armas le preguntó si sería posible hacer fusiles de acero colado, sugerencia que Hermann llevó de vuelta a Essen (2). Esta parece la más probable de las tres conjeturas. Era en 1836, el año en que Alfred comenzó a hacer tentativas de forjar un fusil con sus propias manos. A semejanza del primer rodillo de Hermann y de los artefactos de Fritz, era un pasatiempo para dedicarse a él fuera de las horas de trabajo, y lo cierto es que disponía de menos tiempo libre que sus hermanos. Fuera de casa, la mayor parte del día, cuando regresaba, Alfred se hundía en el viejo sillón de cuero que perteneciera a Friedrich, y al momento se veía enfrentado con un millar de minuciosos detalles administrativos. Con un horario tan estricto, el asunto le llevó siete años. Al final, sin saberlo, fue un brillante éxito técnico. En la pri-

mavera de 1843 había producido Alfred su primer cañón de fusil, esbelto y plateado. Lleno de gozo, hizo lo que correspondía, es decir, trató de venderlo. Y entonces los habituales sentimientos de frustración comenzaron a quebrar sus esperanzas. Durante diez años insistió una y otra vez, perdiéndose de tal modo su confianza que llegó a lamentar todo el tiempo que había dedicado a la empresa.

Prusia fue la primera potencia a la que abordó. En uno de los domingos más calurosos de aquel verano ensilló y montó su mejor caballo y se dirigió al arsenal del Sarre. Ese resultó poco alentador. Los sudorosos guardias del Sarre se comportaron con rudeza y no le dejaron entrar. En una nueva visita habló con el oficial de guardia, un tal teniente Von Donat, el cual le confesó que la idea de hacer fusiles de acero le resultaba un tanto absurda. No obstante, Von Donat declaró que un compañero de armas, el capitán Von Linger, tal vez pensara de otro modo. Uno deduce que el teniente tal vez consideraba al capitán como una especie de excéntrico. Por desgracia, el posible no conformista de las armas en uso se hallaba ausente en aquel momento. Quizá se había dado a Alfred aquella explicación para quitárselo de encima, pero éste volvió a casa y despachó en seguida su mejor fusil al Sarre. En la carta adjunta, aseguraba lleno de orgullo:

> «*Ew. Hochwohlgeboren habe ich die Ehre —Ihre gütige Bewilligung benutzend— hierber einen von mildesten Gusstahl massiv geschmiedeten Gewehrlauf zu übersenden...*»
>
> «Aprovechándome de su amable permiso, tengo el honor de enviarle un tubo de fusil fabricado con el mejor acero de crisol... En el extremo del cañón he dejado un trozo en forma de cuña que puede ser cortado en frío, y sobre el cual podrá efectuarse cualquier prueba que se desee sobre la resistencia del material» (3).

No esperaba Alfred que el ejército cambiase su política relativa a las armas menores. Los fusiles no era lo que tenía realmente en la cabeza, sino que buscaba opiniones acerca «de la posibilidad de utilizar este material para *cañones*» *(die Tüchtigkeit dieses Materials für Kanonen)* y declaró que su próxima tentativa sería la de «tratar de obtener esas barras de acero directamente como tubos *(einen Versuch... dergleichen Gusstahliäufe gleich als Rohre zu schmieden)*. Anticipando una entusiástica respuesta a esa primera muestra, se puso a empaquetar otros dos tubos, que envió poco después (4).

Y se los devolvieron. Von Linger podía tener sus rarezas, pero no llegaba a tal extremo. Exasperado, Alfred se dirigió, una vez más, a sus preferidos de entre los extranjeros, los ingleses. En su endeble inglés informó a una empresa de Birminghan que enviaba dos tubos «que les complacerá someter a severas pruebas y comparaciones con cañones de fusil de hierro, especialmente en lo que concierne a la solidez del material y a los efectos de gran pureza y pulido del alma». Si la firma le hacía un pedido por más de diez mil piezas —claramente había considerado el valor de un pedido de fusiles, y eso sería mejor que nada—, estaba dispuesto a cotizar un precio de diez a doce chelines por pieza. Si el pedido era mayor, aún rebajaría más el precio. Pero los británicos, a semejanza de los prusianos, no se interesaban por armas de acero, fuere cual fuese su costo, y le dijeron que lo sentían muchísimo. Así estaban las cosas (5).

Por consiguiente, Alfred decidió dar a su patria otra oportunidad. El Sarre no tenía la última palabra en cuestiones militares, y después de la exhibición industrial, decidió presentarse en el Ministerio General de

la Guerra, en Berlín. Por aquel entonces había archivado su proyecto sobre artillería, concentrándose decididamente en las armas pequeñas. Un ajetreo incesante, y tal vez algún dinero dado bajo cuerda, obligaron al arsenal a probar uno de sus cañones de fusil. Este dio un rendimiento extraordinario, incluso cuando se limó el metal a la mitad del espesor que exigían las ordenanzas, y se aumentó la carga de pólvora a tres onzas. Todo ello lo sometió Alfred a la consideración del general Hermann von Boyen, un septuagenario que actuó de jefe de Estado Mayor de Bülow en la guerra contra Napoleón, y que al retirarse del servicio fue nombrado ministro de la Guerra. Tres semanas después de presentar los datos, el 23 de marzo de 1844, Krupp recibió la contestación:

> «*Auf das in Ihrem unter dem 1. d. Mts. an mich gerichteten Schreiben enthaltene Anerbieten wird Ihnen eröffnet...*»

> «En respuesta a la oferta que me transmite en su comunicación de fecha 1 del corriente, por la presente le informo que no es posible hacer uso alguno en lo que concierne a la producción de cañones de fusil, ya que la forma actual de fabricar éstos, así como la calidad de los tubos así producidos, a un precio sensiblemente menor, reúne todos los requisitos razonables y apenas deja nada que desear» (6).

Aun en aquellos días, los hombres de guerra eran necios, y después que se hubieron desvanecido sus esperanzas, a Alfred sólo le quedó la decepción. De todos modos, el general había dejado una puerta abierta a «posteriores deliberaciones» acerca «de la producción de cañones de acero de crisol». Lleno de ansiedad, Alfred desempolvó sus viejos proyectos artilleros y propuso construir un cañón experimental. Aseguró que tenía el proyecto de invertir unos 10.000 táleros en un taller completo de armas (nuevos hornos y un martillo pilón de 45 caballos de vapor), pero que no le era posible dedicarse al proyecto mientras Berlín no aprobara la orden, y, agregó lleno de tacto en su carta, Krupp no recibiese el pedido. Como un cañón con bala de seis libras era excesivo para su actual capacidad de producción, sugirió uno de tres libras, el que podría suministrar «dentro de un par de semanas». El general pareció interesarse, y el 22 de abril de 1844, Alfred recibió la autorización. Por desgracia había calculado mal el tiempo que necesitaba, y tres años más tarde aún estaba asegurando al nuevo ministro que el arma estaba a punto de terminarse. Al fin la entregó en el arsenal de Spandau, situado en las afueras de Berlín, en setiembre de 1847 (7).

Prusia había recibido el primer cañón de Krupp. Posteriormente, los funcionarios achacaron a los levantamientos políticos el hecho de no haberse ocupado de él, aunque en realidad nadie parecía interesado en comprobar si el cañón disparaba o no. Y allí permaneció, a la intemperie, con sus 237 libras del mejor acero de Krupp, sin que le cubriese siquiera un mal toldo. Durante casi dos años, las arañas tejieron su tela en la boca de 6,5 centímetros de la pieza, hasta que Alfred, fuera de sí, hizo poner en acción a la perezosa Comisión de Pruebas de la Artillería (*Artillerie-Prüfungskomission*). En junio de 1849 se hicieron los ensayos de disparos en el polígono de Tegel. Tres meses después llegó el informe a Essen. Al leerlo, Alfred quedóse mudo de asombro. Su cañón disparaba bien, le decían con aire confortante, y sólo una carga excesiva podía reventarlo. Pero «apenas existe necesidad de mejorar nuestras armas ligeras y nuestros cañones de campaña, específicamente. Lo único que se

requiere es una vida más larga para los pesados cañones de bronce y mayor capacidad para los de hierro. Habiendo establecido ese punto inequívoco, la comisión declaraba:

> «*Wir können Sie daher nicht aufmuntern, die Versuche fortzusetzen, wenn Sie nicht im Voraus ersehen, dass es Ihnen gelingen wird, das aus den grossen Kosten entspringende Hindernis für die Einführungf derartiger Rohre zu beseitigen.*»

> «Por lo tanto, no podemos recomendarle que continúe con los experimentos, a menos que pueda eliminar el obstáculo que para la introducción de cañones de este tipo significa su elevado costo» (8).

El ministro, al menos, era sincero. Alfred, en cambio, lleno de ira, pensó que los que habían hecho la prueba no sabían lo que tenían entre manos. En realidad, nadie deseaba su invento. Representaba un cambio, y los anquilosados jefes militares recelaban de cualquier modificación. Al estudiarlo desde nuestros días, el veredicto de la Comisión resulta asombrosamente torpe. Y sin embargo, aquella característica no se limitaba tan sólo a Prusia, o a los militares. El mismo año en que Alfred comenzó a fabricar su cañón de fusil, Samuel Morse perfeccionaba su telégrafo, y tuvo que pasar ocho años llamando a las puertas de Washington antes de que aceptasen su invento. Pero la mente militar, en especial, siempre ha sido refractaria a las ideas nuevas. Los oficiales del siglo XIX luchaban furiosamente contra los conceptos del norteamericano Richard Gatling, el inglés Henry Shrapnel y el alemán conde Ferdinand von Zeppelin.

El cañón de Alfred no sólo fue rechazado, sino que causó verdadero resentimiento. Hasta que él apareció en escena, la profesión de las armas había sido algo estable y capaz de predecirse. Un mariscal de campo podía trazar sus planes de batalla con la confianza de que las tácticas empleadas serían las que aprendiera como cadete. En algunos aspectos, el arte militar no había cambiado desde hacía siglos. La pólvora era, en esencia, la misma que los chinos habían usado en sus cohetes contra los tártaros, en 1232, y tampoco hubo un avance sustancial en las armas pesadas desde la aparición de la artillería de bronce fundido, a fines del siglo XV. En el rechoncho cañón de paredes gruesas y forma de marmita de 1840, se podía percibir aún el diseño de las catapultas perfeccionadas que aparecieron en el siglo XIV, cuando los artesanos que habían estado fundiendo campanas para las iglesias, cambiaron sus moldes para hacer recipientes capaces de arrojar piedras a distancia.

Los progresos habían sido pequeños: mejor fundición y tubos más amplios. En 1515, los alemanes crearon en Nuremberg la llave de ruedas, y pocos años más tarde, los franceses inventaron las balas artilleras. La principal contribución de Napoleón fue colocar las baterías en masa y abrir un intenso fuego de corto alcance («*Le feu est tout*»); con toda su reputación de maestro de artillería, no fue capaz de perfeccionar la técnica medieval. La fascinación de la guerra había tentado a muchas de las mentes más brillantes de Europa, impulsándolas a diseñar nuevos artefactos destinados a matar a sus semejantes, y tres siglos ante del nacimiento de Alfred Krupp, Leonardo da Vinci soñó ya con cañones que se cargaban por la culata. El obstáculo de siempre había sido la metalurgia. En la época del comienzo de Krupp, los armeros aún estaban totalmente ignorantes sobre los principios de la química. Los pocos adelantos que lograron fueron debidos a penosas experiencias plagadas de errores, y como estaban experimentando con la muerte, a menudo volvían

a sus tableros de dibujo con las manos teñidas de sangre. No había metal realmente digno de confianza. Cualquier gran arma podía estallar en el momento menos pensado. El cañón de hierro fundido había sido usado con eficacia por Gustavo Adolfo en la Guerra de los Treinta Años, mas a pesar de ello seguía siendo peligrosamente quebradizo debido a su alto contenido de carbono. Durante el asedio de Sebastopol, siete años después que la comisión rechazara el proyecto de Krupp, el hierro colado causó un impresionante número de muertos entre los artilleros ingleses. El hierro forjado, con aún menor contenido de carbono que el acero, comenzaba ya a ser empleado. Pero ahí las dificultades eran al revés, y se trataba de un material muy poco resistente. En 1844, un cañón de doce pulgadas y ánima lisa, hecho de acero forjado, estalló en el viaje inaugural del U. S. S. *Princeton,* dando muerte a los secretarios de Estado y de Marina de Estados Unidos, y dejando las relaciones entre el Gobierno del país y los almirantes en una situación de gran tirantez.

Cuando se producía alguno de estos accidentes, el hecho contribuía a robustecer el innato conservadurismo de los altos jefes militares. El bronce era lo más seguro, en esa época, y casi todos los países lo utilizaban en sus armas. Era un metal pesado y sumamente caro, pero para los antiguos victorianos tenía una característica que le hacía sumamente recomendable: Wellington había derrotado a Napoleón con él. Ese era el argumento más poderoso que podía esgrimirse en contra del cañón de acero de Krupp. El inspector general de artillería había dicho en Berlín a Alfred, según escribió éste a un amigo: «*Wollte von Gusstahlkanonen nichts wissen, denn die alte Bronzekanonen hatten bei Waterloo ihre Uberlegenheit bewiesen*». («No había nada que hacer con el cañón de acero, debido a que los antiguos cañones de bronce habían demostrado su superioridad en Waterloo») (9).

Así, pues, en 1849 Waterloo era un argumento indiscutible, evidentemente. Enfrentado con él, hasta el mismo Alfred vaciló, y de nuevo se resolvió a encarpetar sus planes de cañones. Mientras tanto, hizo proyectos para presentarse en el Crystal Palace, de Londres, donde los británicos iban a celebrar la primera Feria Mundial en 1851. No había allí demasiado espacio para Prusia, que era entonces una potencia de segundo orden; de todos modos, le informaron que podía exponer, si así lo quería. En verdad que lo deseaba, y con su instintivo olfato para la propaganda, presintió que cualquier triunfo en Londres, por pequeño que fuera, sería advertido en todo el mundo. En realidad, él contaba ya con una enorme victoria. Los industriales europeos estaban entonces compitiendo para ver quién producía el mayor bloque de acero colado. Cada uno de ellos se jactaba de tener «lingotes monstruosos», y Londres sería el sitio donde podría comprobarse quién llevaba el de mayor volumen. Según el punto de vista de Alfred, el ganador sería el hombre que poseyera los obreros más disciplinados, el amo que hiciese restallar su látigo con mayor fuerza. Reunió a sus Kruppianer, y después de ladrar algunas órdenes enérgicas les hizo actuar con eficacia, logrando una notable realización. Noventa y ocho crisoles vertieron el metal fundido simultáneamente en un solo molde, sin el más pequeño error. Lo que consiguió fue un milagro técnico, un lingote de acero colado de 4.300 libras (1.950 kilos) en una sola pieza (10).

A principios de abril se hallaba Alfred en el vasto escenario victoriano del Crystal Palace, enviando a casa un relato detallado de todos sus preparativos para divulgar su secreto. Ahora que Hermann se había marchado, Alfred escribía a la fábrica colectivamente, «Señores del Establecimiento», o «Señores del Colegium», cuando se sentía grandilocuente, o en momentos más íntimos, «Queridos talleres» *(Geeherte Gusstahlfa-*

brik). Había llevado consigo a un ayudante para que desembalase los paquetes, y el hombre se hallaba demasiado ocupado para poder dedicarse a otra cosa. («Hagewiesche me pide que digan a su esposa que se encuentra bien y que le gustaría tener noticias de ella. Ahora tiene poco tiempo para escribir.») En mangas de camisa y bañado en sudor, él mismo se dedicaba a espiar los productos más interesantes que se iban a exhibir. («Breil apostó su cabeza por la firma de los rodillos plateados... Ahora su cabeza me pertenece.») Mientras aguardaba a que se alzase el telón, se daba prisa en concretar los últimos detalles. El 13 de abril recordó a los talleres que «Cuando yo vuelva, tenemos que hacer la llanta». *(Wenn ich zurückkome, bleibt der Tyre zu machen),* su primera referencia a la llanta de acero para ferrocarril, sin soldaduras. En los pasillos del Crystal Palace había conocido a míster Thomas Prosser, un norteamericano que haría rodar esas llantas por todo un continente (11) (*).

La mayor preocupación de Alfred, desde luego, era en aquellos momentos su monstruo. Era inevitable que se produjesen algunos dramáticos percances. No habría sido un espectáculo montado por Krupp, de no ser así. Al anticipar su prodigiosa presentación, Alfred graznaba en sus cartas. «¡Les haremos abrir los ojos a los ingleses!» Advirtió a su ayudante que mantuviera la boca cerrada, pero se olvidó de hacerlo él mismo: «Un periódico inglés afirma que Turton, de Sheffield, enviará una pieza de acero de crisol a la exhibición, cuyo peso es de 27 quintales (*). Es probable, pues cuando yo hablé de la mía...» No cesaba de investigar por todas partes, para ver lo que tenía la oposición. Un relato poco de fiar afirma que extrajo una navaja de Kruppstahl, raspó un poco el mayor lingote de acero británico y aseguró: «Sí, es grande, pero no es bueno.» Generalmente se mostraba desdeñoso, y escribió a su casa, sin disimular su desprecio:

> «*Die Engländer haben einen Guss von 2.400 Pfd. hier liegen, worauf geschrieben stetht...*»

> «Los ingleses tienen aquí una pieza colada de 2.400 libras, con la inscripción "Monstruoso bloque fundido", y una larga descripción de las magníficas cualidades de su artículo, y de las dificultades que tuvieron al producirlo. No está forjado, y nada puede demostrarnos que no se trate de hierro fundido. Les he dicho que hacemos pequeños bloques corrientes, y que se los mostraré a su abuelo» (12).

Sí, todo eso era cierto, pero al menos el lingote de Sheffield estaba allí, mientras que el de Krupp aún no había llegado. No podía haber ojos que se abriesen asombrados por algo que no estaba en la exposición, y Alfred, reuniendo sus productos menores —ejes de ferrocarril, rodillos para Casas de Moneda, resortes para carruajes—, se dispuso a exhibirlos. Lleno de esperanza, mandó escribir en el catálogo de la feria: «*Bloque de acero colado con bajo contenido de carbono; exhibido por su pureza y resistencia.*» El comité expositor no se mostró impresionado. En el catálogo, Alfred recibía el número 649, y se identificaba como «Fabricante e inventor» de «Essen, cerca de Düsseldorf», pues según parecía, el mismo Essen no figuraba entonces en los mapas británicos. Mientras paseaba frenético por el Kristallpalast, mandó un S. O.S. a los «señores del Cole-

(*) El contrato que ambos firmaron, fechado el 16 de agosto de 1851, se halla aún en los archivos comerciales del bisnieto de Prosser. La familia de Prosser representó a Krupp en Estados Unidos hasta la Primera Guerra Mundial. Después de 1918 las dos firmas llegaron a un nuevo acuerdo. Desde la segunda contienda no ha habido asociación. (Roger D. Prosser al autor, 23 de setiembre de 1963).

(*) En realidad sólo pesaba 24 quintales (2.400 libras).

gium»: «Envíen cualquier cosa que puedan tener dispuesta.» Fue uno de esos momentos históricos, como cuando Newton observó caer la manzana. Las ideas tardías de Krupp iban a causar sensación en Londres. Apresuradamente insertó al final del artículo 649: *Cañón con cureña; corazas de acero fundido* (13).

El monstruo llegó por fin en el último minuto y causó sensación. Los fabricantes de acero quedaron pasmados, y se concedió a Krupp la medalla de oro —la segunda que ganaba—, siendo aclamado como un genio industrial. Cuando más examinaban los expertos la textura del lingote, más interesados se mostraban. Esos detalles se perdieron para la mayor parte del público, sin embargo. Para ellos, la principal atracción del Palacio fueron los productos que Alfred presentó como secundarios. Mientras aguardaba la llegada del lingote, Alfred dedicó sus esfuerzos al cañón. Era el arma que había planeado años antes, un cañón con bala de seis libras, pulido hasta darle un brillo de espejo, y montado sobre madera de fresno, la preferida por los antiguos teutones para hacer sus venablos. En torno al cañón relucían seis corazas, y más allá había una tienda militar de campaña, coronada con la bandera y el escudo reales de Prusia. La inscripción del escudo no parecía muy adecuada: «Unión de Aduanas de Alemania» *(Deutsches Zollverein)*. Pero el cañón y las corazas hablaban el lenguaje universal y emocionante del Corso: *La gloire, en avant, à la baionette, offensive à outrance.* El puro acero, revestido de caballeresco atractivo, recordaba a las suspirantes damas de puntiagudo capirote de los tiempos medievales. Cuando la reina Victoria hubo pasado ante los objetos exhibidos por Krupp, murmurando algo con gesto complacido, todos los periódicos de Londres se sintieron obligados a echar un vistazo más detenido a los productos del alemán. Resentidos por la humillación de Sheffield, algunos periodistas demostraron su fanatismo en los juicios emitidos. El cronista del *Observer* declaró: «El acero es tan quebradizo que no podrá resistir una segunda carga de pólvora.» De todos modos, tanto el periodista del *Observer* como el del *Daily News,* admitían que el cañón tenía hermosa apariencia, y el *Illustrated London News* manifestó que «el magnífico cañón de herr Krupp» era «el petimetre de los grandes cañones» (14).

Alfred no vendió su gran cañón en Londres. Los informes del jurado fueron generosos al elogiar su lingote. («La exhibición no presenta, procedente de país alguno, un lingote de acero colado o forjado de tan grandes dimensiones y parecida belleza. Los miembros del jurado no recuerdan haber visto un ejemplar semejante en ninguna parte»), pero hicieron caso omiso de su cañón. Este fue aclamado, en cambio, por el público. Alfred comenzó a ver verdaderas posibilidades en el terreno de las municiones, y el Crystal Palace le enseñó cómo podía ponerlas en práctica. Las Ferias eran espléndidas para la propaganda. En consecuencia, se presentaría a todas las que se celebrasen en Europa, llevando sus baterías de mortíferos petimetres. Esa fue la lección que obtuvo de los vítores ingleses, y no se le puede culpar por ello. Uno de los periódicos británicos lamentó que Krupp no hubiese presentado artefactos «para moler maíz, o instrumentos quirúrgicos, o algo más adecuado para esta época pacífica, y para esta exhibición, que un cañón de campaña.» Pero era el cronista, no Krupp, quien había juzgado mal el carácter de la época. El acero pacífico no estuvo ausente de la feria, y en la sección de Estados Unidos se mostraba un arado lleno de adornos, terminado con costosas maderas y hasta con pinturas, y con un pulido tan brillante como el cañón de Alfred. Pero todo el mundo, hasta el crítico de Krupp, hizo caso omiso del arado (15).

Alfred cumplía por aquellos días los cuarenta años. Ya para entonces tenía aspecto venerable, y en Essen se le conocía como *der alte Herr,* con su aspecto marchito, emaciado, sus eternas botas y los movimientos rígidos y espasmódicos de un viejo chiflado. Los Kruppianer se maravillaban ante la habilidad de Alfred para cabalgar. En el más vivaz de los potrillos, Alfred montaba erecto, decidido a ser él quien hiciera las concesiones a su montura. Jamás supo lo que era doblegarse, y ahora era tarde para aprender. Por consiguiente, cada uno de los triunfos que obtenía en los negocios, sólo servía para estimular más aún sus apetencias. Los éxitos comenzaban a llegar ahora, aun antes de que la colosal expansión de los ferrocarriles británicos comenzase a avivar los fogones de su fábrica. En 1849 perfeccionó sus ejes y muelles de acero colado, firmando un contrato con el Colonia-Minden Eisenbahn, y construyó un taller de muelles cuyo futuro estaba asegurado. Eso debió de haberle ablandado un poco, pero no; obsesionado con la necesidad de lograr nuevos triunfos, no podía estar alejado más que unos momentos de sus planos y libros de contabilidad.

Durante el verano de 1850, el prolongado declive de Therese culminó con su muerte. Hermann sintióse profundamente afectado, y Berndorf estaba experimentando una convulsión financiera que no tenía paralelo en Essen. Alfred mostróse inflexible y franco. «Dos cosas... solamente pueden moverme: el honor y la prosperidad», escribió. Y ninguna de ellas tenía que ver con aquella pérdida. La mencionó brevemente en una carta, y en seguida volvió al tema de su nueva y «extraordinaria» muestra de cucharas (16).

Sin embargo, existía una laguna en su vida. Ida se había marchado, y Alfred se sentía como un viudo. Therese supo preparar sus comidas preferidas, barría el piso, hacía las camas y mantenía la Stammhaus siempre confortable. Alfred no tenía tiempo para ocuparse de la casa. Además, aquello era cosa de mujeres. Y en consecuencia, como tantos solterones que de pronto se ven privados de una madre solícita, comenzó a mirar a su alrededor, en busca de una esposa. Al regresar del Crystal Palace, reseñó la vida de uno de sus clientes, un polaco que estaba soltero:

> «*Ein alter Junggeselle in Warschau muss was Schreckliches sein und bitter überall. Was mich anbetrifft sagen Sie ich wäre ein L... wenn ich nicht binnen... bin...*»

> «Ser un solterón en Varsovia debe de ser terrible; lo es en cualquier parte. En cuanto a mí, llámeme... si no estoy... dentro de... (17).

«Dentro de...», indudablemente era una frase de escape. De todos modos, Alfred no estaría... (casado) ese año ni el siguiente. Buscar una ganga como esposa requería tiempo. Como pretendiente no era una maravilla, pero no se desanimaba. Si mantenía una puerta abierta, se decía, el trato aún podía realizarse. Y en efecto, se realizó el 24 de abril de 1853. Al día siguiente escribió desde Colonia:

> «*Jahrelang spätter als ich auf Ehrenwort... Dass ich im Hause meiner Braut nicht viel schreiben kann denken Siewohl selbst u. entschuldigen die Kürze. Wass wird Ihr Papa sagen?*»

«Años después de dar mi palabra de que quería casarme, encontré al fin a la que, desde nuestra primera entrevista, creo que me

proporcionará felicidad, con una confianza que no había creído posible. Esa dama, con la que me comprometí ayer, es Bertha Eichhoff, y vive aquí, en Colonia.

»Esta noticia se la transmito debido a nuestra amistad; por favor, le ruego que envíe a Varsovia esta carta a mis amigos Hoecke y Luckfield.

»Suyo sincera y felizmente,

»Alfred Krupp»

«Comprenderá que no puedo escribir demasiado en casa de mi prometida, y me disculpará la brevedad. ¿Qué dirá a esto su padre? (18).

Las sensaciones de Bertha ante el acontecimiento no han quedado registradas. Tal vez se sentía demasiado desconcertada para escribir. En verdad, la forma en que Alfred la había cortejado se salía bastante de lo corriente. El primer encuentro se produjo en un teatro de Colonia. Durante la función, Bertha sintióse inquieta al descubrir que la observaba atentamente un rudo caballero de aspecto envarado, que usaba botas manchadas de barro y que permanecía en el pasillo con los brazos en jarras. El hombre no quería hacerle daño, todo lo contrario. Al acabar de firmar otro contrato, Alfred había asistido a la función siguiendo un impulso. Al localizarla, tomó, por así decirlo, una decisión heroica. La persiguió durante un mes, y en varias ocasiones le declaró a ella (así lo dijo Alfred más tarde), que «*Wo ich glaubte, ein Stück Gusstahl sitzen zu haben, hatte ich ein Herz*» («Donde creen que no tengo más que un trozo de acero colado, poseo un corazón»), y al fin obtuvo de Bertha, después de cortejarla, el deseado *Ja*. Lo que siguió fue igualmente asombroso. En Essen se anunció la boda con una gran fiesta, y durante toda la noche dispararon los morteros al cielo del Ruhr, mientras los Kruppianer, cantando y agitando antorchas, desfilaban por las callejuelas de la vieja ciudad (19).

Dado el temperamento de Alfred, la felicidad doméstica era imposible. No había nadie capaz de convivir con semejante hombre, pues apenas si podía soportarse él mismo. El matrimonio estaba sentenciado, y todo lo que quedaba era definir la naturaleza exacta de aquella unión. Aquí el carácter de la primera Bertha Krupp resulta un elemento fundamental. Todo en ella era evasivo, y apenas conocemos algo acerca de sus antecedentes. Indudablemente no era de origen noble; su abuelo fue el pastelero de un arzobispo, y su padre, inspector de Aduanas del Rin. En 1853, Bertha tenía veintiún años, era rubia y de ojos azules. Las imágenes que de ella se conservan nos la muestran como una joven espigada, de rasgos pronunciados. Su expresión era dura y serena; la barbilla, prominente. Presenta una imagen de robusta fortaleza. Sin embargo, como *die Frau von* Alfred Krupp, supo crearse una impresión de extremada fragilidad, y la mantuvo con tal éxito que nadie, ni siquiera su esposo, llegó a sospechar cuál era la realidad. De haber sido realmente débil, no hubiera podido resistirlo, y en pocos años se habría marchitado. En lugar de ello, sobrevivió cultivando, con neurótica intensidad, la pobreza de su salud, y supo representar tan bien su comedia, que ella misma llegó a creerla. Robusta como un buey, Bertha parece, en efecto, haber estado convencida de su delicada constitución. El hipocondríaco, en resumen, había contraído enlace con una hipocondríaca (20).

Los sentimientos de ella hacia Alfred constituyen un enigma. Él, en cambio, daba plenas muestras de estar enamorado, y, a su modo, trataba de hacerla feliz. La Stammhaus, decidió, no era adecuada para

Bertha. La Casa debía permanecer donde estaba, como un monumento a su padre y un recuerdo para los Kruppianer de que el origen de su amo era tan humilde como el de ellos. (Para insistir sobre este punto, Alfred hizo colocar posteriormente una placa en la cabaña, diciendo precisamente eso.) La pareja, que había contraído enlace el 19 de mayo, se trasladó a un nuevo hogar. El novio la llamó su *Gartenhaus*. Los fotografías que se conservan de la casa son aterradoras. Uno podría calificarla como la estructura más descabellada en un período de locura artística, si bien al final de su vida, Alfred también demostraría el formidable arquitecto que podía ser cuando realmente se aplicaba a ello.

De todos modos, la casa jardín tenía sus peculiaridades interesantes. Construida justamente entre las naves de los talleres, estaba rodeada por invernaderos donde se alojaban pavos reales entre parras y palmeras. Sobre el techo, un mirador permitía al jefe de la familia observar la puerta de entrada, para descubrir a los trabajadores que llegaban tarde. Ante la puerta central de la mansión se extendía un intrincado laberinto de jardines, fuentes, macizos llenos de flores y grutas fabricadas con escorias. La Gartenhaus daba al lado opuesto de la Gusstahlfabrik, y Alfred confiaba, por ello, que su esposa, suponiendo que no hubiese subido al mirador del techo, nunca se hubiera dado cuenta de la presencia de su paraíso doméstico (22).

Pero estaba en un error. El Ruhr había cambiado considerablemente desde 1840. Cinco años antes un viajero inglés describió a Essen como «poéticamente agrícola»; pero ahora la impresión idílica había desaparecido. La ciudad se estaba despertando de su prolongado letargo. A no tardar, las pintorescas cabañas de madera, barro cocido y techo de paja, desaparecían por completo. Alemania se hallaba ahora al comienzo de su gran auge industrial, el que al cabo de medio siglo acabaría con la superioridad industrial británica. El carbón y las industrias del hierro habían llevado a cabo su trascendental unión. Cada año que pasaba, el cielo se volvía más gris, y los fundidores usaban más coque. Mediante el proceso de pudelación, estaban transformando el hierro en hierro forjado, y luego se añadía coque para incrementar su contenido de carbono. Era pura química, aunque pareciese un asunto complicado; pero Alfred, más que nadie, debió comprender que todo aquello acabaría por asfixiar su paraíso doméstico (22).

El aire de los talleres estaba totalmente viciado, y no había modo de evitar que entrase en la casa. Una capa de grasiento hollín cubría las flores, ennegrecía las fuentes, velaba los cristales de los invernaderos. En ocasiones, Alfred no conseguía ver a través del mirador del techo. El tizne del humo entraba en las habitaciones más recónditas, estropeando el ajuar de la novia, ensuciando el tapizado de los sillones y ennegreciendo la ropa interior antes de que la lavandera hubiese acabado de lavarla. Y eso no era todo. Alfred seguía instalando maquinaria cada vez más pesada, y el ajetreo de los martillos de vapor hacía vibrar la casa hasta los cimientos. Bertha no podía tener vasos encima del aparador, pues si los colocaba después del desayuno a la hora de la comida estaban todos rotos. A Alfred eso no parecía preocuparle. Estaba orgulloso de su casa, y para mayor aflicción de su mujer, se hizo una persona hogareña.

Ella se quejaba de su vajilla, y al admirar la de algunas amigas, su marido contestaba: «Son sólo unos pocos platos de porcelana; haré que los clientes paguen por ellos». *(Des muss alies die Kundschaft bezahlen)*. Y cuando ella le rogaba que la llevase alguna noche a un concierto, él replicaba ásperamente: «Lo siento, es imposible. Debo ocuparme de que mis chimeneas sigan humeando; cuando oiga mañana la fragua, su música

será más exquisita que la de todos los violines del mundo». *(Habe ich mehr Musik, als wenn alle Geigen der Welt spielen)* (23).

Bertha concibió ya en la primera semana de su matrimonio. El 17 de febrero de 1854 trajo al mundo un hijo débil y enfermizo, si bien Alfred no se dio cuenta de ello. Lleno de gozo, le puso los nombres de Friedrich Alfred Krupp, en honor de su padre y de sí mismo, y para celebrar la llegada del pequeño Fritz, al más ruidoso de sus martillos pilones le llamó el *Schmiedhammer Fritz,* el cual, gracias a un nuevo turno de obreros atronaba el taller durante las veinticuatro horas del día. Con él, anunció Alfred, esperaba «*selbst die Antipoden aus dem Schlaf schrecken*» (sacar a las mismas antípodas de su letargo). Eso decidió a Bertha, que empezó a quejarse y a retorcerse las manos, y durante el resto de su vida nunca dejaría de estar bajo el cuidado de los médicos. Alfred se mostraba muy solícito con ella. La envió a balnearios, a los mejores médicos de Berlín, y alejó al niño de ella durante largos períodos. También él se mostró muy interesado por los síntomas de Bertha. Fascinado por la enfermedad, dio su consejo: «El ejercicio es bueno para la digestión, y mejora los humores y la sangre.» Según su punto de vista, la actividad, cualquiera que fuese, era siempre mejor que aquella eterna languidez de su mujer, a la que trataba de estimular con ruegos como éste: «Por favor, vete a la mueblería, a ver si tienen algunos sillones de mimbre, y otros tapizados de cuero que queden bien en la Gartenhaus...» Se requería confianza («No debes dudar acerca del progreso del tratamiento»), y también espíritu: «Si es necesario de cuando cuando un poco de tratamiento, en estos momentos, bueno, ¡eso no es tan terrible!» A veces Alfred tomaba una actitud firme: «Cuando te marches de Berlín debes estar más fuerte y vivaz, de otro modo en lugar de permanecer aquí durante el verano, tendremos que irnos a algún balneario.» Incluso cuando ella estaba lejos, no podía evitar la tentación de dirigir la vida de Bertha:

Liebe beste Bertha!

«Estoy muy de acuerdo con frau Bell en que la seda no te sienta bien, y que los vestidos de viaje no deben ser de lujo; para viajar se llevan los tejidos más sencillos y bastos, ya que en los viajes siempre se produce mucho el polvo, el cual no combina con el tafetán, y estar quitándose de encima el polvo a cada momento resulta muy vulgar. Los puños, los encajes de las blusas y todo eso que se lleva con los vestidos de salón, debe ser abandonado en los viajes. Y también el oro y las joyas. Lo mejor es vestir sencillamente. El saber que llevas ropa interior limpia debajo del vestido, ya es suficiente (*Man ist ganz einfach gekleidet. Das Bewussein saubere Unterwäsche zu tragen genügt*» (24).

Cuando su mujer estuvo en Berlín, Alfred temió que se cansara escribiendo cartas a las amistades que había conocido en los balnearios, y por ello le confeccionó el siguiente formulario:

«He recibido su nota del......, y advierto por ella con (placer) (pena) que las cosas marchan (bien) (mal); por lo que a mí se refiere, (estoy muy bien, gracias a Dios, y) (ciertamente no vendo salud, mas) espero (seguir así) (que ésta llegue pronto).

»Desde mi última carta he dado diariamente un paseo por el delicioso Tiergarten; voy dos veces al día en la compañía más encantadora, que no conseguiría un rey. Pero al fin el asunto se

vuelve monótono, y ya estoy deseando regresar con mi querido esposo, esperando sobre todo que él se muestre complacido conmigo. Sólo ruego a usted que no me escriba muy a menudo, ya que me falta tiempo para contestarle.

»*Suya como siempre,*
»BERTHA.»

Luego Alfred agregó en su carta: «Este formulario es para los demás, pero para mí deseo algunas líneas tuyas, por favor (*Dieses Schema ist für die andern. Ich bitte dagegen um einige Zeilen Geschriebenes*)». (25).

Alfred recibió pocas cartas. En realidad, no había mucho de que hablar. Con su desagradable época de Essen en su recuerdo, Bertha arrugaba la nariz ante los que llamaba «gente de fábrica», y trataba de olvidarlos, limitándose a contarle algunos comadreos y a exponerle quejas sin importancia. Viajando de un balneario elegante a otro, Bertha logró unas pocas amistades y se creó otros pocos enemigos. Alfred trataba de formar parte de su vida. En sus fugaces visitas a los balnearios procuraba honradamente hacerse simpático a «Clara», «Emmy» y «Otto», así como a la «dulce y querida Anna», y se mostraba virilmente indignado cuando su mujer se quejaba de que un «odioso judío» la había mirado lascivamente, por más que Alfred no dejaba de señalar que no había ley que prohibiera las miradas. «Si llega a quitarse el sombrero para saludarte, ignórale, como si se lo hubiese quitado para otra persona» (26).

En los diálogos entre Alfred y Bertha —charlas monótonas por una parte, y bostezos y falta de atención por la otra—, nuestras simpatías están con él. Cierto es que Alfred resultaba exasperante, y que cuando ambos se encontraban él quería que le consolase y le diera ánimos, y aseguraba que estaba trabajando en malas condiciones, y que había cancelado importantes entrevistas para verla. Además, había aceptado a dos primos de Bertha, Ernst y Richard Eichhoff, en la administración de la empresa, por lo que ella bien pudo haber demostrado, o al menos simulado, algún agradecimiento. El cariño de Alfred, por grotesco que pareciese, era sincero. En su diluvio de frases enternecedoras, él se dirigía a ella como «Amor mío», «Querida Bertha», «La Bertha que más quiero», «Amada mujercita». Con su hijo, en aquellos primeros años, se mostraba sumamente cariñoso. «Besa a Fritz por mí», rogaba cuando el niño estaba con ella, y luego, cuando llegaba al Ruhr, Alfred sufría un arrebato de afecto y escribía todos los detalles: «Encuentro a Fritz tan alegre como siempre, y ayer comió como un bracero... He recibido una gran alegría.» Cuando se separaba de su mujer y su hijo, siempre se ponía melancólico. En la soledad de la sombría Gartenhaus, mientras paseaba aplastando con sus botas fragmentos de yeso, se hundía en una depresión pasajera: «*Ich bin wirklich aliein nichts wert ur mir ist schlechtzumute ohne dich*» (En realidad no me encuentro a gusto solo, y sin ti mi ánimo decae.) (27).

Pero Alfred se hallaba más satisfecho a solas; sentíase triste, desde luego, pero creador a pesar de todo, y con su fábrica eructando humo al lado, él revivía rápidamente. Las fundiciones, las forjas, los feos montones de escoria y de negro coque, ésa era su verdadera familia, y en sus momentos más lúcidos así lo reconocía: «Siempre miro estos talleres como a mi hijo, y como a un hijo bien criado, cuyo comportamiento da alegría. ¿Quién, realmente, no querría estar todo lo posible al lado de semejante hijo?» Bertha no lo deseaba. Y ése era el punto de mayor fricción entre ambos. Otro hombre habría sabido reconciliar su familia

con su trabajo; pero Alfred no era así. El tenía que dedicarse a fondo a sus talleres, debía ensayar este proceso o ese otro; de otra forma hubiera deshonrado a su padre y traicionado la confianza de su madre. No podía moverse de allí, y Bertha tampoco debía hacerlo. Así fueron viviendo, sin darse cuenta de que después de la muerte de ambos, el hijo que amaban iba a convertirse en una espectacular víctima de sus recuerdos.

En la época en que Alfred contrajo enlace, las perspectivas de los cañones de Krupp estaban de nuevo declinando. Hacia 1852 resultaba evidente que el cañón que había exhibido en Londres fue una curiosidad pasajera, únicamente. Como no se presentaban clientes para él, Alfred pareció decidido a abandonarlo. El 19 de enero de ese año ordenó que lo desmontasen, y que después de limpiarlo, montarlo y pulirlo «tan bien como fuera posible», que lo enviaran con sus cumplidos al rey de Prusia. En apariencia éste era un gesto cortés, pero, en realidad estaba jugando una carta con fines ocultos. Preveía un torbellino de propaganda, y por ello escribió a Ascherfeld: «El cañón debe estar dispuesto en seguida, a tiempo para que lo vea el emperador de Rusia.» Y consiguió la publicidad que se había propuesto. Federico Guillermo IV, no sabiendo qué hacer con tan desusado obsequio, replicó que le complacería exhibirlo en su palacio. «Ayer —anotó Alfred gozosamente—, recibí la noticia de que el cañón será montado en el salón de mármol de Stadtschloss, de Potsdam. Hoy lo colocamos ayudados por seis artilleros. El rey manifestó que el emperador de Rusia lo vería allí» (29).

El zar Nicolás I era un cliente en potencia, y en esos momentos su visita oficial parecía proporcionar una oportunidad excelente. Al fin la maniobra de Alfred iba a dar sus frutos en San Petersburgo. Entretanto, el cañón de Potsdam se había ganado un poderoso aliado, el cual ayudaría más tarde financieramente, se ocuparía de que fuesen extendidas a Alfred las patentes, y llegaría a manifestar que los talleres de Krupp eran *«ein vaterländische Institut»* (una institución nacional) (30). El nombre de este ángel benefactor era Wilhelm Friedrich Ludwig von Hohenzollern. Hoy se le recuerda como Guillermo I, «el viejo kaiser», predecesor de Guillermo II, el que llevó a Alemania a la derrota en la Primera Guerra Mundial. En 1852, Guillermo I, que aún no estaba en el trono, era un gigante al que se recuerda especialmente por su intransigencia durante el levantamiento de Berlín del 18 de marzo de 1848. La sangre alemana derramada aquel día manchó sus manos. Los liberales a ultranza le denunciaron como reaccionario, y para aplacarles, su hermano, el rey, se vio obligado a enviar a Guillermo a un breve exilio. Como el soberano no tenía hijos, Guillermo era el presunto heredero de Prusia. Su reinado podía comenzar en cualquier momento, debido a que Federico Guillermo cada vez tenía la razón más trastornada. Se entregaba a sueños medievales, y año tras año iba hundiéndose en la locura. Ya para entonces Guillermo había recibido el título de príncipe de Prusia —en realidad, príncipe de la Corona—, o como los vehementes liberales le llamaban, el príncipe Cartucho.

Esto era algo más que un epíteto. Compartiendo con su trastornado hermano la fe en sus derechos divinos, el príncipe se veía fortalecido además por una fiera reverencia hacia el dios de las batallas. Sus antecedentes militares resultan impresionantes. Cuando aún no había cumplido veinte años ya dirigió una carga a la bayoneta calada contra los franceses, y ganó una Cruz de Hierro en el frente, ante Bar-sur-Aube, a los dieciocho años. A los veintiuno era general de división. Si, como parecía muy probable, iba a convertirse en el primer rey soldado de Prusia desde Federico el Grande, resultaba una personalidad clave para

un fabricante de armas en potencia. Afortunadamente para Alfred, el espíritu conservador de Guillermo sólo se refería al aspecto político. Sin que le importase la hostilidad de sus oficiales por las nuevas armas, Guillermo, que era el crítico ideal para el cañón de Potsdam, al entrar en el salón de mármol del Stadtschloss, admiró el artefacto y al momento se dio cuenta de que donde pudiera creerse que tenía un corazón, en realidad poseía un lingote de acero colado. El príncipe no descansaría hasta conocer a «ese herr Krupp», y al año siguiente expresó sus deseos de visitar Essen (31).

Estas noticias, ampliamente divulgadas, alegraron intensamente a Alfred. Como era de esperar, contestó en seguida, manifestando que un Hohenzollern podía ir a su fábrica cuando lo deseara; las puertas de la Gusstahlfabrik estaban siempre abiertas para él. Bertha, entonces en los primeros meses de su embarazo, barrió apresuradamente la cristalería rota y escondió los sucios pañitos del respaldo de los sillones, cuando vio que el príncipe desmontaba frente a la casa. Sacando pecho y barbilla, Guillermo avanzó por los talleres, *links, rechts,* izquierda, derecha, y al terminar su inspección felicitó a Alfred. La factoría, observó, se hallaba limpia como un patio de desfile (y lo estaba realmente); los Kruppianer eran verdaderos soldados de la industria. Como el estado mental de Federico Guillermo no era aún el de un monarca idiota —y no lo sería hasta cinco años después—, el príncipe no podía concretar todavía negocio alguno con Krupp. De todos modos, y para demostrarle su reconocimiento, Guillermo prendió en el enjuto pecho de Alfred la *Roter-Adler-Orden,* u Orden del Aguila Roja, de cuarta clase, distinción normalmente reservada para los generales valientes. No era eso mejor que un pedido comercial —para Alfred no lo era, desde luego—, pero el industrial lo consideró como una real promesa, como un punto de apoyo invisible (32).

Si la factoría había sido honrada con la visita, lo mismo había sucedido con Su Alteza. Una inspección de tal naturaleza a los talleres no sólo era desusada, sino que casi no tenía precedentes. Desde la feria industrial de Berlín de 1844, cuando un fabricante de cucharas de Elberfeld había tratado de hacer pasar el Kruppstahl como propio, la pasión de Alfred por el secreto se había convertido en una obsesión. «Por favor, no abandone los talleres mientras yo estoy afuera —escribió a Ascherfeld desde el hotel de Russie, en Berlín, durante el verano de 1852—, y tenga mucho cuidado con la gente que va a los talleres fuera de las horas de trabajo.» Nunca se sabía cuándo un pillo podía presentarse en la fábrica con un pasaporte falso y calzando pequeñas espuelas. Hasta un primo de Ascherfeld fue rechazado:

> *«Ich habe jetzt aber noch etwas anderes... Er hat die Absicht, zugleich taugliche Arbeiter zu erwerben.»*
>
> «Ahora hay otro asunto que debo mencionar. Recuerdo que un pariente de usted, herr Pastor, hijo, que se halla en Austria, le ha visitado con frecuencia, permaneciendo a su lado. Este señor desea instalar una fábrica de acero en Hungría, y viene a Essen con tal intención. No necesito decirle que se ponga en guardia en lo relativo a conversaciones y preguntas, visitas a los talleres y todo lo demás. También está tratando de obtener obreros capacitados» (33).

Su desconcertado capataz declaró tristemente que «ninguna seguridad» le quitaría «el convencimiento» de que su primo era un espía. Posteriormente estos recelos llegaron a un extremo realmente ridículo. En una ocasión Alfred envió unas muestras a una exhibición industrial, y luego,

abrumado por la duda, dio instrucciones a su encargado para que escondiera el material de la vista del público: «Deje que se oxiden... en un rincón húmedo, antes de que sirvan como informe a franceses, ingleses y americanos, que tomarán las ideas de nosotros.» (34).

De todos modos, Alfred tenía cierta justificación al obrar de ese modo. No muy lejos, en Bochum, y a semejanza de Alfred, Jacob Mayer tomaba juramento a sus obreros de que nunca revelarían la técnica del acero fundido. Había espías industriales en el Ruhr, y en los meses que siguieron a la visita del príncipe Cartucho, Krupp tenía preciosos tesoros que guardar. Alentado por su éxito de Londres, estaba proyectando un nuevo golpe europeo. Las ferias alemanas eran ya caminos abiertos, en esos momentos. En 1854, Krupp ganó premios en Munich y Düsseldorf. Lo que ahora pretendía era un triunfo en la próxima Feria Mundial de París, la respuesta francesa al desafío del Crystal Palace. Alfred tenía ahora un agente francés, el cual fue bombardeado con consejos. La sección de Krupp debería hallarse instalada en el pabellón principal, en un espacio preferente. «No escatime contactos ni dinero para hacerse con amistades que puedan ayudarle», sugería Alfred a Heinrich Haass, y al tiempo que le daba instrucciones sobre el nuevo lingote monstruoso que mandaba, le ordenó que demostrase la consistencia interior del bloque de acero provocando «una fractura» que «asombraría a los expertos» (35).

El lingote, en efecto, abrumó a los entendidos; en realidad casi los aplasta, en el sentido real de la palabra. Cuando un grupo de miembros del jurado pasaba junto al bloque de acero, éste, que pesaba cien mil libras, rompió con su peso el soporte de madera, se hundió en el suelo y redujo a pulpa todo lo que había en su camino. Al tener noticias del desastre, Alfred sufrió un colapso nervioso. Por una vez no iba a ser el que cuidase de Bertha, y corrió hacia Pyrmont para ponerse en tratamiento. Los industriales que le conocían, sospecharon que Krupp había tratado de obtener propaganda. De haber sido así no pudo tener más éxito, ya que los jueces, al observar el destrozo, se mostraron entusiasmados. *La sacrée tête carrée d'Allemand,* informaron, era realmente formidable, magnífico; la nueva era exigía grandes bloques de acero, y allí, evidentemente, estaba el mayor de todos. Varios visitantes manifestaron a Haass que deseaban que el fabricante instalase talleres similares en sus respectivos países. El Crédito Mobilier propuso a Krupp montar una factoría en Francia, y también se recibieron invitaciones similares de lugares tan lejanos como Birmingham, en Alabama. Haass transmitió esas noticias a Pyrmont, y de pronto Alfred se sintió perfectamente bien, o al menos lo suficiente como para afirmar en seguida que las campanas de acero que Jacob Mayer había enviado a la feria eran «Roheisen», trozos de hierro (36).

Mayer, iracundo, le llamó mentiroso, y lo demostró rompiendo una campana, calentándola al rojo y forjándola en el mismo lugar donde la exhibía. Por un momento pareció anteponerse a su rival, pero no pudo mantener esa ventaja, ya que Alfred estaba dispuesto a exhibir algo más que un lingote. Las campanas de iglesia, como el arado norteamericano de cuatro años antes, no podían competir con la artillería, y esta vez Krupp presentó un cañón de acero con bala de doce libras. Napoleón III, un entusiasta artillero, se mostró encantado. Ordenó que pesaran el cañón, y se comprobó que era doscientas libras más ligero que las piezas de bronce del mismo calibre, después de lo cual hizo probar el cañón en Vincennes. Después de tres mil disparos sin que apareciese la menor grieta en el ánima, el emperador nombró a Alfred caballero de la Legión de Honor. El gozo de esta recompensa honorífica no tardó en desvane-

cerse cuando Haass informó al nuevo caballero que los oficiales de artillería franceses querían saber más acerca del cañón, y proyectaban sobrecargarlo y hacerle estallar. Alfred sintióse profundamente alarmado. Aquello era peor que lo del primo de Ascherfeld, y replicó en seguida:

> *«Es kann nicht mein Wunsch sein dass die Kanone jetzt zerrissen wird... Will die franz. Regierung mich umgehen und soll ich am Ende noch für das Pulver danken was sie im Interesse der Prüfung einer so wichtigen Frage aufgewendet hat?»*

> «No puedo dar mi aprobación para que hagan ahora pedazos el cañón y que el material vaya a parar a las fábricas francesas para que lo imiten, pues no tengo intenciones de que mi invento sea explotado por otros, sino que reclamo, por encima de todo, la seguridad de tenerlo exclusivamente para mí. ¿Acaso el Gobierno francés quiere engañarme, y al fin tendré que agradecerles la pólvora que han gastado en su interés, para sus investigaciones, en este importante asunto?» (37).

Pero Alfred no necesitaba preocuparse. Lo de Vincennes era sólo un pequeño capricho imperial, y en realidad no había demasiado entusiasmo allí por hacer las pruebas. Incluso podía haber destrozado a todos los condestables de Francia con una salva de granadas de Krupp, y la fidelidad de los franceses hacia el bronce no se hubiera conmovido en absoluto. Guillermo, por su parte, como carecía de poderes, deseaba ardientemente, mientras tanto, que todos los mariscales de campo de Europa pensaran de igual forma. Ciegos ante las aplicaciones prácticas que suponía el cañón de acero de Krupp, lo consideraron como una divertida originalidad. Pero Alfred, convencido de que tenía algo de valor, y decidido a llamar la atención de alguien, envió algunos cañones como regalo a Suiza, Austria y Rusia. Lo ocurrido en Rusia fue lo de costumbre. Los generales más distinguidos del nuevo zar Alejandro II prepararon una complicada prueba para el cañón. Día tras días sus hombres bombardearon distantes blancos con él, y después de cuatro mil disparos examinaron concienzudamente cada pulgada del tubo del arma. No había la menor grieta. El bronce, convinieron, nunca hubiese sobrevivido a tal castigo. Por lo tanto, la experiencia había sido tan notable que decidieron hacer algo al respecto. Y unánimemente ordenaron que el cañón fuera conservado como una rareza en el Museo de Artillería de la fortaleza de Pedro y Pablo (38).

Treinta años más tarde, ya en las últimas semanas de su vida, Alfred confesó a uno de sus directores, que «sólo la fabricación de llantas, bajo la protección de nuestras patentes, hizo posible que los talleres obtuvieran el suficiente beneficio como para instalar la planta de fabricación de cañones» (39). En aquellos años Alfred era como un jugador que coloca una apuesta, gana, y deja su ganancia sobre el tapete, para la siguiente jugada. Cada éxito que lograba constituía un escalón para el siguiente avance. Sus rodillos para cucharas habían permitido los experimentos sobre llantas. Ahora las llantas iban a financiar a la artillería.

Los ferrocarriles eran el alma y el símbolo de la expansión del siglo XIX, y no había industria que dependiese tan absolutamente como ésta, de los tanteos de los fabricantes de acero. El simple hierro no

era suficiente para los nuevos caballos metálicos. En realidad, el hierro nunca fue satisfactorio para los viajeros; pero las ballestas de las diligencias sólo creaban incomodidad cuando se rompían, y si eran los ejes, sólo originaban algunas demoras. Pero en el tren eran muchas vidas las que estaban en juego. Muelles, ejes, raíles y llantas debían construirse con un material de mayor resistencia. Alfred había resuelto el problema de las tres primeras piezas; pero las llantas eran algo especial. No debían tener rebabas, no podían ser soldadas. Sin embargo, eran la fuente potencial de unos beneficios fantásticos, si podían producirse en masa, ya que el mercado era ilimitado. Aquello era, en realidad, un gran desafío a su genio técnico, y Alfred lo resolvió con brillantez. Hojas llenas de esquemas garabateados, amarillas ahora por el tiempo, pero aún claras, nos demuestran cómo lo hizo. Su solución se basó en el movimiento centrífugo, con un acabado en torno. A mediados de enero de 1852 la primera llanta estaba concluida, y dirigió «la segunda para que fuese obtenida completa tan rápida y eficazmente como fuera posible, y los lugares manchados y de espesor desigual, que han sido trabajados con un cincel en frío, o con una lima antes del último moldeo, serán forjados encima, de modo que nadie pueda adivinar que se usó un cincel o una lima». Krupp comenzó su producción en 1853, exhibiendo los resultados en la feria de Munich del siguiente año, y poco después estaba vendiendo quince mil ruedas anuales. El éxito continuó a lo largo de toda su vida, y en 1875 reconoció la enorme contribución de aquel sencillo invento, colocando en su marca tres círculos entrelazados. Esta es aún la marca de fábrica de Krupp, y como tal se reconoce en toda Europa, si bien los norteamericanos la confunden frecuentemente con el símbolo de una marca de cerveza (40).

El asunto de la llanta de ferrocarril fue un golpe maestro, y casi no hubo competidores. Indudablemente, Alfred fue el inventor del proceso. Existía el asunto de las patentes, que se convirtió en una batalla característica de Krupp, en la que se vio acometido por accesos de ira y por confusiones, sin que dejara de amenazar y de representar pequeñas comedias. Lo importante era conocer la duración de sus derechos. Cuanto más prolongada fuera la exclusividad, mayor sería el valor de la patente, lógicamente. Una vez que la técnica perteneciese al dominio público, los beneficios descenderían sin remedio. Berlín reconoció la patente el 3 de febrero de 1853. Alfred quería que la duración de los derechos se prolongase durante diez años, mientras que el Gobierno sugería seis. Al fin partieron la diferencia dejándola en ocho años, si bien Alfred protestó asegurando que caducaría *«antes de que haya ganado algo con ello»* (41). Sabía que eso no era cierto, y que iba a ganar grandes cantidades en poco tiempo. Sin embargo, hubo una gran lucha en cuanto al registro de la patente, y ello resultó especialmente humillante debido a que el combate se llevaba a cabo en su propio país. Por el contrario, en las demás naciones europeas sus ruedas eran acogidas sin reservas, y ni una sola disputa por las licencias surgió allí. Sólo los prusianos se mostraban mezquinos.

Las complicaciones que tuvo Alfred en Berlín se debieron a él mismo. Como carecía de tacto para tratar con la gente, terminó enemistándose con el poderoso ministro de Comercio de Prusia, un banquero de rústico aspecto llamado August von der Heydt. La medalla obtenida por Krupp en el Crystal Palace ya había impulsado al ministro a visitar los talleres de Krupp, creyendo que con ello haría un honor al fabricante. Pero el funcionario no era un miembro de la realeza, y Alfred, siempre receloso del espionaje industrial, le hizo un desaire. Fue una verdadera estupidez, ya que el ministro sintióse terriblemente ofendido. Juró vengarse de

aquel *Schweinerei*, y lo cierto es que se hallaba en situación de perjudicar gravemente a Krupp, ya que Prusia había tomado el lugar de Austria, en lo que se refería a ser un Estado policíaco modelo. En el otoño que siguió a la primera escaramuza debida a la patente, al comprender que había errado, Alfred se arrepintió. Como era de esperar, se excedió. Siempre se sobrepasaba en todo, era su sino. Así pues, compró un retrato de Von der Heydt y lo colgó delante de su escritorio, haciendo saber que lo había hecho para «tratar de alentarme e inspirarme... a fin de tener éxito en las cosas, del mismo modo que Cristo debió esforzarse en su camino, siendo nada menos que el Hijo de Dios» (42).

El ministro mostróse inconmovible, sin embargo, y se convirtió en el enemigo implacable de Krupp. Para perjudicarle, Von der Heydt ordenó que la cantidad de ruedas de Krupp a usar en los ferrocarriles de Prusia se redujese al mínimo. Su ministerio tenía jurisdicción justamente sobre la red ferroviaria nacional, y se dieron instrucciones de que se mantuviese el uso de las llantas de acero forjado. Alfred sintióse horrorizado. ¡El honor de Prusia estaba amenazado! (¡Y también los beneficios de Krupp!) «¿Quién hubiese creído que en un solo mes de este año hemos entregado a Francia, así como a una sola compañía austríaca, mercancías por valor superior a lo comprado por los Ferrocarriles Prusianos del Estado, en toda la campaña?», exclamó el domingo de Resurrección de 1857. Luego, a comienzos del año siguiente, hizo notar al barón Alexander von Humboldt que a pesar del reconocimiento de otros países, «los Ferrocarriles Prusianos del Estado insisten tercamente en ser una excepción, y sus pedidos en conjunto, durante el pasado año, no alcanzan el mínimo necesario para un solo día». Como el autor del boicot no diera señales de vida, Alfred protestó directamente a Von der Heydt, asegurando que los compradores del Ministerio «*han desdeñado mi establecimiento, y todas las aplicaciones del trabajo, hasta un grado inexplicable*», y que «*hasta ahora, los Reales Ferrocarriles Prusianos del Estado no han aceptado un medio por ciento de todas las llantas manufacturadas*» (43).

En el asunto había involucrado algo más que dinero. El capitalista de hace un centenar de años no era el presidente de consejo de hoy, que se preocupa por dividendos y relaciones entre costos y ganancias. La situación significaba para Alfred nada menos que la supervivencia. En la vertiginosa carrera para explotar las oportunidades del momento —los fantásticos precios que imponían unos pocos, en aquellos días de vértigo—, una política conservadora era imposible. A fin de mantener el impulso de la producción se requerían grandes reservas de capitales. Para Inglaterra, los industriales alemanes aún eran como parientes pobres; a pesar de todo, un espectro iba tomando forma en la Europa central, y algunas cifras demuestran la rapidez de ese crecimiento. Entre 1850 y 1860, la producción anual de los altos hornos del Ruhr aumentó quince veces. En 1857 el número de Kruppianer pasaba del millar. Los talleres de la Gusstahlfabrik habían multiplicado por ocho sus instalaciones, y ahora comprendían un tren de laminadoras, una prensa mecánica, un taller de ajuste, así como una veintena de martillos pilones de vapor, y numerosos hornos y fundiciones.

Alfred tenía agentes en Londres, París y Viena, el último de los cuales, Matthias von Ficzek, también representaba a los Rothschild en la capital austríaca. Desde la feria de París, el acero de Krupp había adquirido un sello especial de prestigio, y Alfred comenzó a fabricar hélices y cigüeñales para buques extranjeros. Sin embargo, debido a su implacable necesidad de expansión, su situación fiscal continuó siendo precaria. Todas las ganancias podían esfumarse en un par de semanas. Por enton-

ces Krupp no tenía demasiado prestigio en Alemania (*). Debía ganarse una reputación a brazo partido, y su mayor posibilidad estaba en la patente de las llantas de acero. Con ella podía llegar hasta lo más alto; sin ella, el futuro de Prusia no pertenecería al viril cañón de Krupp, sino a las afeminadas campanas de Mayer.

Alfred no tenía por qué jugar tan fuerte. En sus deseos por apurar todos los recursos, se estaba excediendo, y la insistencia con que se pronunciaba por la permanencia de un solo hombre en la dirección de la firma, constituía un gran riesgo para ésta. Sus descendientes, no obstante, se mostrarían agradecidos hacia él por haber obrado de esa manera. De no ser por la fuerza que inculcó a la empresa, ésta habría seguido el camino de la I. G. Farben, durante el auge de los monopolios que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en los años de depresión de la década de 1850, Alfred parecía obrar como un necio. Por su parte, Fritz Sölling, al ver la forma en que aumentaban los empréstitos solicitados por su socio, comenzó a alarmarse. Era absurdo bailar de aquel modo en la cuerda floja, manifestó. ¿Por qué no formar una compañía? Para Alfred compartir la empresa era como si le pidieran que compartiese a Bertha. No podía imaginar un sino más tremendo que caer «en las manos de una compañía de accionistas». Al respecto escribió a su amigo Gustav Jürst: «No deseo someter mi hoja de balance a nadie.» Su primo debía comprender que «no era un socio, esto es, que no iba con un porcentaje». Sölling insistió. Consideraba que tenía derecho a una revisión de cuentas, y estaba en lo cierto. Poco importaba. A semejanza de los hermanos de Alfred, previamente, Sölling se vio impotente. «Debo ser lo que he decidido que sería, "Alfred Krupp, Unico Propietario" *(der alleinige Inhaber)* —escribió Alfred a Ascherfeld—. El hecho de que herr Sölling tenga derecho a cierta participación..., durante determinado número de años, no es algo que atañe al público.» Su socio había cometido un pecado muy grave, y no habría perdón para él, ni siquiera en la tumba. Sölling siguió preocupándose cada vez más por los crecientes créditos solicitados. Cuando estalló el prolongado pánico de 1857, se vio acometido por un insomnio pertinaz. Falto de la constitución física de los *alleinigen Inhabers,* sucumbió. La apología de Alfred fue corta y cruel: *«Binnen acht Tagen war er gesund und tot.»* (Una semana estaba bien, y a la siguiente estaba muerto.) (44).

August von der Heydt, por su parte, era un oponente más fuerte. Allí se enfrentaban dos tiranos prusianos, ambos zorrunos, llenos de recursos y dotados de notable instinto. Durante un momento pareció como si Von der Heydt hubiera ganado. El 3 de junio de 1859 Alfred hizo lo que parecía su apelación final para que se le ampliase el plazo de la patente de llantas, pero la petición fue rechazada fríamente. Alfred escribió lleno de amargura que «V. d. Heydt nunca quiso que mis talleres prosperasen», y que su antagonismo «no había perdonado nada para impedir que yo lamentase seriamente el no haber explotado mis invenciones en el extranjero hace años; y si aún debo adoptar esa decisión, a nadie más que al ministro V. d. Heydt podrá culparse». Esto da la impresión de una amenaza, y realmente lo era. El destinatario de su carta fue el general Constantin von Voigts-Rhetz, director del Departamento General de Guerra de Berlín, y partidario entusiasta del cañón de acero. El general fue un emisario ideal ante el príncipe Guillermo, y éste, que había sido

(*) Ni en Essen, en cierto modo. Le conocían algunos fabricantes del ramo y funcionarios del Gobierno, pero no el público. El 10 de abril de 1854, el comisario de policía de Essen, al inscribir un testimonio de la Rheinish Steamship Company, de Colonia, referente a los cigüeñales de Krupp, identifica a Alfred como «herr Friedrich Krupp». (**Krupp Werksarchiv IV, 88**).

nombrado regente a causa de la insania de su hermano, el otoño anterior, estaba en situación de ayudar ahora al único propietario (45).

Alfred se preparaba para vengarse del ministro de Comercio. En la primavera de 1860 se dispuso a asestar el golpe, envuelto en la bandera prusiana. Habiéndole allanado el camino Voigts-Rhetz, Alfred escribió a Su Alteza, precisamente, manifestando que «a pesar de los grandes beneficios que podría indudablemente haber obtenido, me negué a suministrar cañones de acero colado a los países extranjeros por creer que podía servir mejor a mi patria en ese aspecto». A continuación renovaba su súplica de que le concediesen una prórroga de la patente. El 19 de marzo, Guillermo pidió al ministro que aprobase la decisión. El 14 del mes siguiente, Heydt, luchando desesperadamente, recomendó una negativa; y por fin, el 25 de abril el regente aseguró el futuro de la dinastía Krupp, excediéndose en sus funciones, y citando «el patriótico sentimiento que el consejero comercial Alfred Krupp, de Essen, ha demostrado frecuentemente, en especial al rechazar los pedidos de cañones que le hicieron desde el extranjero» (46).

Adviértanse las calculadas palabras del mensaje de Alfred al príncipe. Según él, habíase negado a vender cañones «por creer que podía servir mejor a mi patria en ese aspecto». Cuanto más se lee esto, menos significado parece tener. Suponiendo que aludiese a un sacrificio, Guillermo había sido atraído con una mentira flagrante. Alfred no rechazó nada, sino que, por el contrario, había buscado clientes para sus cañones por toda Europa. Era cierto que el mercado se mostraba indiferente, pero no porque Alfred hubiera estado inactivo. Después de la feria de París, estuvo a punto de vender a Napoleón III trescientos cañones de doce libras. El trato no se concretó debido a sentimientos patrióticos, pero no de Alfred, sino del emperador, el cual sintióse obligado a apoyar los nuevos talleres de la familia Schneider, en Le Creusot, con lo que también daba el primer paso hacia la carrera de armamentos internacional, que tan espectacular papel tendría en los cien años siguientes. Si bien Krupp había fallado en eso, en cambio la feria le proporcionó su primera venta. El jedive de Egipto, admirando el aspecto del cañón en su casilla de la feria, hizo un pedido de veintiséis unidades. Estos estaban ya siendo pulidos, cuando el zar, habiendo decidido que tal vez había un puesto en su ejército para las rarezas, pidió un cañón de sesenta libras para la defensa costera. Si el arma salía bien, estaba dispuesto a gastar los rublos como si fueran agua.

Krupp cumplió con lo que le pedían, si bien estaba cansándose un poco de los soberanos. Cierto era que un armero no podía pasarse sin ellos, pero sus imperiosos modales llegaban a ser desconcertantes. El duque de Brunswick, por ejemplo, había aceptado la entrega de un cañón de Krupp, como obsequio, y luego ni siquiera se molestó en mandar una nota de agradecimiento; el rey de Hannover, en cambio, ordenó un cañón de 1.500 táleros, ofreció luego 1.000, y terminó no pagando nada. ¿Cómo se podía hacer para que un monarca liquidase sus deudas? ¿La solución de Alfred era sugerir que deseaba algún obsequio a cambio, como caballos de carrera, o «algo tangible, de lo que uno pueda obtener placer diariamente, y más sólido que esas pequeñas cruces, o títulos, o parecidas fruslerías». Baviera le había concedido la Orden del Mérito de San Miguel, en el grado de caballero, y Hannover le entregó la Orden Güélfica, de cuarta clase. Alfred consideró esto como meras engañifas, pero era todo lo que lograba de los reyes. Los potrillos permanecían en sus reales establos, y el 19 de enero de 1859, con su cañón virtualmente

terminado, consideró la posibilidad de acabar con todos sus proyectos de fabricación de armas. Informó a Haass que si bien había estado pensando en la idea de «un monstruoso cañón con calibre de 13 pulgadas y una longitud de 15 pies» *(ein Monster-Geschütz von 13 Zoli Seelendurchmesser und 15 Fuss Seelenlänge)*, apenas valía la pena preocuparse de ello. «Aunque, en el caso en cuestión aún dedico alguna atención a los cañones, tengo deseos de dar por terminada la producción de cañones.» Aquello no daba dinero, sino dolores de cabeza, y no había posibilidades de «hallar compensación en las entregas de gran volumen». Con excepción de Egipto, no había conseguido ningún pedido importante. En conjunto parecía un mal negocio. Nada confirmaba «las esperanzas que me he formado debido a ciertos sectores, especialmente de Francia». El mismo Haass estaba cansándose de «vacías promesas verbales, ni siquiera por escrito». El ejército del emperador acababa de comprar cañones de bronce para ochenta baterías. Schneider, alentado con el pedido, adquirió un gigantesco martillo pilón. Alfred sentíase inclinado a dirigir su atención, en el futuro, «exclusivamente hacia actividades más provechosas, como la producción de llantas de acero fundido, ejes para barcos marítimos y fluviales, locomotoras de ferrocarril y vagones». Aseguró entonces que dedicaría sus «herramientas para el uso de las artes de paz» (47).

Pero a la noche siguió el amanecer. Mientras se hallaba pensando en abandonar, el nuevo regente estaba preparando un pedido de un centenar de cañones de seis libras. Voigts-Rhetz persuadió al príncipe para que elevara a 312 el pedido —por un valor de doscientos mil táleros—, y hacia el 20 de mayo (cuando los Kruppianer fueron eximidos del servicio militar), Alfred recibió un adelanto de cien mil táleros procedente del Ministerio de la Guerra de Prusia. Ya se estaba levantando el primer taller de Krupp para la fabricación exclusiva de armas. Una corriente de interés pareció agitar los estandartes reales de toda Europa. Los caballos de raza comenzaron entonces a llegar a Essen, así como carruajes de lujo. En octubre se presentó el príncipe Guillermo y fue acogido como huésped en la Gartenhaus. Poco después Berlín lanzaba una proclama. Federico Guillermo IV había marchado definitivamente al Valhalla; Guillermo era rey de Prusia. Como uno de sus primeros actos reales, decidió hacer una segunda visita a la Gusstahlfabrik, ahora acompañado de su hijo y su séquito. Por delante había enviado a Alfred otra Orden del Aguila Roja —esta vez de tercera clase—, a la cual iba a añadir la Cruz de Caballero de la Casa de Hohenzollern. Más fruslerías; pero Alfred ya no se burlaba. Aquello era prusiano, era verdaderamente real. Temblando de ardor patriótico, expresó su «alegría y emoción» al Gobierno (48), y después de ello escribió un comunicado para todos sus obreros, montando la escena para recibir a Su Majestad.

De haberlo visto Guillermo, tal vez hubiese cambiado de opinión, ya que se trataba de un perfecto ejemplo de habilidad teutónica para aparentar eficacia. Alfred ordenó: *a)* el montaje de un centenar de pies cuadrados exhibiendo la fabricación del acero, comenzando con el coque y el mineral de hierro en bruto, y terminando incluso con los productos fabricados; *b)* Unas muestras por las que se revelaba la diferencia entre el simple hierro (ej. las campanas de Jacob Meyer), y el acero colado (ej. el Kruppstahl); *c)* Otras muestras de ejes, llantas y cañones, demostrando «cada etapa del proceso»; *d)* cañones completos, «con perfeccionamientos en su diseño y montaje»; y *e)* modelos de madera de dos proyectos de cañones de Krupp. Como gran final de fiesta, Su Majestad sería testigo del verdadero proceso de fundición y moldeo, paso por paso, de un cañón de Krupp (49).

Era un programa agotador. Más aún, llegaba al borde de la imperti-

nencia. Sólo un fatuo podía creerse merecedor de una atención imperial tan prolongada. Y a pesar de ello, Guillermo presenció todo el espectáculo. Espléndido con sus alamares dorados, su banda carmesí, sus fulgurantes medallas y el reluciente casco de aguzado pico, el monarca admiróse ante los montones de escoria, murmuró algo acerca de los moldes de arcilla, y concedió su real aprobación a un interminable cúmulo de muelles de acero y a un sinfín de muestras de la metalurgia, mientras detrás de él, espantados pero en silencio, los integrantes de su brillante comitiva se agitaban nerviosos, tratando en vano de sacudirse de las vistosas plumas y guerreras el pertinaz hollín. Ninguno de ellos salió contento de allí, y el *Kriegsminister* de Prusia, general Graf Albrecht Theodor Emil von Roon, que ya había disputado con Alfred por correo, se convirtió en un segundo Von der Heydt, después de la visita a Essen. A pesar de todo prosiguió la exhibición hasta la caída de la noche, cuando sólo las oscilantes llamas de los hornos alumbraban la fantasmagórica escena. El rey aguantó hasta el final porque quería complacer a Krupp. Estaba convencido de que le necesitaba.

¿Por qué?

Prusia era la contestación. El rey soldado miraba más allá de sus fronteras, hacia Alemania y *—der Kriegsgott gebe es!—*, hacia un Reich renacido.

En la actualidad resulta difícil conocer realmente la forma de pensar de Guillermo, recordar lo pequeño que parecía a los ojos del mundo, comprender que sólo hace un siglo los alemanes eran el hazmerreír de Europa. Ninguna de las personas que hoy están con vida puede recordar una época en que la sombra teutónica no haya dominado, amenazado, oscurecido y hasta anulado al resto del continente. Y sin embargo, cuando Guillermo I ascendió al trono, Prusia era todavía un país de opereta dirigido por fanfarrones y burócratas introspectivos y sabihondos. Había sido tanto tiempo un país insignificante, que no existían razones para creer que en el futuro las cosas fueran a cambiar demasiado. Indudablemente, nadie habría sospechado que Berlín iba a convertirse en la capital de la potencia más agresiva de la historia moderna, y que sus tropas cruzarían repetidas veces sus fronteras, provocando tres guerras decisivas, y regando las tierras de Europa con la sangre de tres generaciones.

El poderío militar era inconcebible sin una política de estabilidad, y podía decirse que Alemania era políticamente tan tranquila como un páramo. El Sacro Imperio Romano Germánico, el Primer Reich —que según explicaron generaciones de profesores nada tuvo de santo, ni de romano, ni de imperio—, hacía mucho tiempo que se había convertido en un tremendo rompecabezas. Su resurgimiento parecía tan improbable como una Africa unida lo parece ahora. Napoleón había reducido los trescientos Estados, obispados y ciudades independientes, a sólo un centenar, y la coalición contra él, aún trajo una mayor unión, a pesar de lo cual durante el *Bund* de 1815 existían treinta y ocho Estados menores, cada uno de ellos independiente y receloso de los demás. De entre éstos, Prusia y Austria eran lo suficientemente fuertes como para disputarse la hegemonía, y ante una acción perentoria, Prusia había quedado situada en segundo lugar. El parlamento de Francfort trató en vano de restablecer la integridad nacional, por lo que Federico Guillermo IV propuso a los príncipes que formasen una nueva unión, de la que quedaría excluida Austria. Viena replicó con otro plan, cuyo fin principal era seguir manteniendo al rey de Prusia como otro príncipe teutón insignificante, y eso le dio resultado. En el otoño de 1850, los pequeños príncipes, que deseaban conservar su soberanía, se unieron al estandarte

austríaco. Federico Guillermo pudo haber recurrido al argumento final de los reyes, pero debido a que los oficiales de Spandau, habían dejado el cañón de Alfred para las arañas, ahora no tenían armas convincentes. Mas, por otra parte, el soberano era en sus momentos más lúcidos un cobarde. Impotente para obrar, se sometió a un tratado de capitulación, que sería conocido en adelante por los ardientes nacionalistas alemanes como *die Scham von Olmütz* (la vergüenza de Olmütz).

Contra eso luchaba su hermano. Heroico y decidido, Guillermo quería recobrar el honor de la corona, y desde el momento en que se la ciñó, comenzó a subir —o a bajar— por el camino de la gloria. Uno de esos pasos era su visita a Essen. Otro era la reforma militar. Superando toda oposición, amplió el servicio obligatorio de las armas y dio a Prusia un ejército poderoso y estable. Muy importante fue también el hecho de que diese con un incomparable delegado político en la persona de Otto Eduard Bismarck-Shönhausen, un Junker de Brandenburgo, apasionado defensor de las prerrogativas reales, que sólo tenía tres años menos que Alfred Krupp. Al año siguiente de la tremenda pesadilla en las fundiciones de Krupp, el rey nombró a Bismarck jefe de su Gobierno, y los liberales comenzaron a hacerse conjeturas sobre lo que iba a pasar. «Alemania no admira el liberalismo de Prusia, sino su fuerza», les dijo Guillermo, y aún más significativamente agregó: «Los grandes asuntos del momento no se arreglarán con resoluciones y votos de la mayoría..., sino con hierro y sangre *(Eisen und Blut)*.» Considerando todo esto, Guillermo envió a Bismarck al lugar donde se hallaba el hierro. Por su parte, e incapaz de soportar por más tiempo la fetidez de su hogar, Alfred se estaba construyendo una nueva casa, y Bismarck fue su último invitado en la Gartenhaus. Los dos neuróticos se comprendieron de maravilla. Se sentaron charlando animadamente, mientras admiraban los numerosos pavos reales y las palmeras, y se dieron cuenta de que coincidían en todo, desde el derecho divino hasta el gusto por los árboles viejos. A Alfred le llenó de gozo saber que su ilustre huésped sentía predilección por los caballos. (El anfitrión no había perdido su peculiar sentido por los olores: «¡Ver a los potrillos retozar en una pradera, alrededor de uno, es algo delicioso!») Durante la cena, Bismarck sugirió que la emperatriz Eugenia era un poco amanerada, y cuando llegaron a Napoleón III, agregó con voz profunda: «¡Qué hombre más estúpido!» *(Eigentlich ist er dumm!)* Lo estúpido que era no se haría evidente hasta varios años más tarde, cuando los dos contertulios tuvieron que unir sus fuerzas; pero Alfred no pudo dejar de aprobar de todo corazón el comentario, tal vez al recordar las humillaciones que había sufrido en París (50).

La visita oficial se convirtió en una comida de camaradería; en cuestión de pocos meses la situación de Alfred había cambiado radicalmente. Cuando Von der Heydt le rogó humildemente que aceptase representar a Prusia como jurado en la Muestra Industrial de Londres de 1862, Krupp declaró con altivez que buscase «alguna otra persona más adecuada para el cargo» (51). Luego, las relaciones entre Alfred y Guillermo proseguirían hasta el punto que aquél se convertiría virtualmente en un miembro más de la corte. De todos modos Alfred seguiría con sus rápidos ascensos y sus desalentadoras decaídas de ánimo. Eso se hallaba tanto en la naturaleza del individuo como en la revolución industrial, y posiblemente fuese algo característico de Alemania. Pero desde entonces sería una figura privilegiada en el cuadrado palacio de Potsdam, y tanto él como sus agentes fueron invitados a ofrecer sus artículos al rey, en audiencia privada. El vínculo que unía a Krupp y Hohenzollern era indisoluble. Alfred quería fabricar cañones, y Guillermo ansiaba comprarlos. Era un vínculo de conveniencia, tal vez de necesidad, y ni la muerte podía sepa-

rarlos: cada uno de los sucesores de Guillermo estaba destinado a aliarse con el Krupp de su generación. Llegar a comprender tal interdependencia supone percibir el nuevo e histórico sentido que la dinastía estaba adquiriendo. En consecuencia, Krupp estaría ahora identificado con las aspiraciones nacionalistas de los *Volk*, y gracias a las prerrogativas otorgadas a él y a sus herederos, se convertirían en la primera familia de industriales del país. El hecho de que Alfred siguiera fabricando herramientas pacíficas no hace al caso. El éxito de la producción pacífica de Krupp era consecuencia directa de su producción militar. De no haber construido su cañón, no se hubiese transformado en una institución nacional, y era la institucionalización de los Krupp lo que les daba su supremacía. Guillermo jamás hubiera intervenido para salvar la patente de llantas de Alfred, de no haber sido éste capaz de forjar la nueva espada prusiana. El mismo Krupp comprendió perfectamente el origen de su poder. Durante sus épocas de crisis se ponía firme y saludaba a la bandera. Si eso fallara, empezaba a gruñir amenazas por lo bajo, asegurando que se marcharía, que buscaría a un rey que le apreciase de verdad.

Esto casi siempre daba resultado. A veces fracasaba, claro está, pues el monarca y su armero no eran los únicos que entraban en el juego. Violentas corrientes, profundas y encontradas, trazaban remolinos entre Postdam y Essen, tensando a veces los lazos de unión. Los fracasos de Alfred no eran muchos, pero las razones que había detrás de ellos eran significativas. La primera era de tipo técnico: como pionero a veces se se descarriaba. La segunda residía en el ejército prusiano: Krupp no era el único hombre, el ser indispensable a los grandes designios del rey, y los capitostes militares aún seguían aferrados a su bienamada artillería de bronce. Esos dos factores, su falibilidad y los tozudos oficiales, le condujeron a su querella con el barón Von Roon. Durante las últimas semanas de la regencia de Guillermo, Alfred decidió construir un cañón para ser cargado por la culata. Era una idea revolucionaria. Su proyecto acerca de tubos de cañón con ánima rayada resultó chocante (*) y fue rechazado. Después de unas pruebas de disparos en una antigua fortaleza cercana a Jülich, el ejército había estipulado que si alguno de los 312 cañones tenía el ánima rayada, debía ser devuelto inmediatamente. Y ahora él proponía cargarlos *por atrás*. El cuerpo de oficiales consideró la idea totalmente absurda.

Empecinado, Alfred insistió en que Prusia debía comprar su cañón. La abertura posterior iría obturada con un cerrojo, y por esta idea deseaba que le concediesen una patente por quince años. La solicitud llegó al escritorio de Von Room, al cual debemos echar una ojeada al pasar, ya que desempeñará un papel importante en la futura historia de la dinastía de Krupp. Terco y ordenancista, Von Roon usaba fieros bigotes y estaba considerado como un gran vanidoso. Así, un coronel escribió en su Diario: «¡Dios nos asista...! Roon parece querer colocarse como estratega al mismo nivel que el conde Bismarck; pero como comediante le supera considerablemente.» Walter Görlitz, en su obra *Der deutsche Generalstab*, le representa como una gran montaña de hombre, cuyos ojos azul oscuro y bigote agresivo y erguido sugerían el prototipo del sargento prusiano. En realidad, le gustaba que le llamasen «el sargento del rey». Otros, sin embargo, le daban distintos nombres, y tal vez con el loable deseo de distinguirle de sus demás familiares, hablaban de él como del «rufián de Roon». Y en verdad que éste se mostró duro

(*) Un año más tarde, cuando los artilleros de la Unión y de la Confederación sostuvieron el primer duelo de artillería de la Guerra de Secesión, sus cañones eran de bronce y con ánima lisa.

en el asunto de Konzernherr de Essen. Usó su petición como papel higiénico, y además divulgó el hecho entre sus compañeros del Officierkorps (52).

Uno de ellos se lo contó a Alfred, el cual pidió al rey que interviniese. Por desgracia Guillermo nada podía hacer; necesitaba a su vulgar Kriegsminister tanto como a su armero, ya que Roon, también a su modo, era un genio. Ideó un método por medio del cual podía llevarse a cabo, mediante el ferrocarril, una rápida movilización que proporcionaría a Prusia considerable superioridad sobre sus posibles enemigos. Por otra parte, Guillermo tenía con el sargento del rey una gran deuda de gratitud. Mientras el monarca aún era regente, la Dieta se negó en una ocasión a aprobar su presupuesto militar. Sin ello Guillermo no podía colocar a Prusia a nivel de una potencia europea de primera clase. Durante cinco años el asunto causó revuelo en Berlín. Se celebraron duelos de honor, se tramaron golpes de Estado contra la Dieta, y en cierto momento el Offizierskorps proyectó ocupar la capital con 35.000 hombres, reuniendo refuerzos de Stettin, Breslau y Königsberg. De haber abandonado el ministro de la Guerra a su soberano, de haber vacilado un solo momento, el Segundo Reich habría nacido muerto. Pero se mantuvo fiel a ultranza, y según escribió Görlitz:

> *«Den Kampf gegen das Parlament führten der Kriegsminister General von Roon...»*
>
> «La lucha contra la Dieta fue dirigida por el ministro de la Guerra, general Von Roon, quien sostenía que la gente debía defender al ejército contra la Dieta, identificándose con los discursos de Moltke y del jefe del Gobierno Militar, general Von Manteuffel» (53).

Todo esto era consecuencia de la abortada «revolución» de 1848, y la lealtad de los Junker (*) a su clase puede ser juzgada por el hecho de que estaban empeñados entre ellos en una dura lucha intestina. El jefe del Gobierno militar, y el ministro de la Guerra, se consideraban cada uno de ellos como jefe del Estado Mayor del monarca. Todos los oficiales coincidían con Roon en que su ejército era «escuela profesional de aristócratas, cuya cabeza natural era el rey». La meta del rufián Roon era «conservar la teoría constitucional de Federico el Grande contra una imitación de la "Espuria monarquía de Inglaterra", y mantener la integridad de la posición del soberano como supremo señor de la guerra *(allerhöchsten Kriegsherrn)* en medio de... "confusiones de ideologías constitucionales".» Manteuffel iba aún más allá. Para él Prusia era «sencillamente el ejército, y todo lo que en Prusia no fuese marcial, no sólo no era comprensible para él, sino que resultaba algo digno de odio». Uno podría creer que Roon y Manteuffel eran hermanos gemelos. Sin embargo, tanto ellos como sus discípulos eran enemigos declarados, y sólo la amenaza de la Dieta —al fin aplacada por las intrigas de Bismarck— evitó una insurrección (54).

Agradecido a Roon, y necesitándole para completar la organización de la rápida leva militar a lo largo de las líneas férreas, Guillermo no se decidía a aprobar la petición de Alfred en contra de su Kriegsministerium. Pero el Konzernherr no estaba interesado en las vicisitudes de Berlín. El quería que le aprobasen su cañón de carga trasera, y trató de poner en juego todo su valimiento para influir sobre Roon. Krupp arguyó que el invento había sido «creado en primer lugar para mi propio

(*) Junker: aristócrata prusiano de ideas conservadoras extremistas. (N. del T.)

país». Si el ministerio se lo rechazaba, «me veré obligado a abandonar mis propósitos y mi antiguo modo de actuar, dejando de negar a determinados países el beneficio de mi invento» (55). La tentativa de intimidación resultaba clara, pero no conmovió en absoluto a Roon y la solicitud fue denegada. No se preveía la necesidad de cañones de carga trasera para Prusia, y por lo tanto no habría patente. Alfred, lleno de amargura, hizo la petición al propio Guillermo, quien permaneció mudo. Sólo cuando Inglaterra y Francia hubieron aprobado la patente, Roon la aceptó a regañadientes. Pero el último en reír fue él. Aunque había rechazado sin motivos la patente de Essen, un examen detenido hubiese revelado que el mecanismo de cierre posterior tenía un defecto. Por desgracia para Alfred la fatal imperfección fue pasada por alto..., para ser descubierta seis años más tarde, en el campo de batalla.

Los defectos podían corregirse, y los tercos generales podían conformarse. Una tercera queja de Krupp como armero de Prusia fue mucho más grave, no sólo para él sino para toda Europa, a la larga. Iba a amenazar al mundo mucho después de su muerte, y surgió como consecuencia de una monstruosa contradicción. Si bien los cañones se tildaban como patrióticos, el negocio era internacional. En el amplio espíritu de la época, todo industrial estaba capacitado para obtener sus clientes en el país donde quisiera. Esto colocaba al fabricante de armas particular en una situación muy extraña, que se complicaba aún más por el hecho de que sólo en tiempos de guerra podía prosperar con el comercio local. Como nadie sabía cuándo iba a estallar la guerra, el industrial tenía que sostener sus fábricas mediante sus ventas al extranjero. Así fue como al comienzo de la década de 1860, Krupp entregó cañones a Rusia, Bélgica, Holanda, España, Suiza, Austria e Inglaterra. Berlín se hallaba al corriente de esto. El Gobierno no sólo le alentaba a mantener de ese modo sus grandes establecimientos, sino que estaba dispuesto a obrar como cómplice de Alfred. Este escribió el 12 de octubre de 1862 al príncipe heredero Federico Guillermo, informándole de que los ingleses acababan de hacer algunas pruebas de sus cañones en Woolwich, y habían mostrado «extraordinaria satisfacción, debido al completo hermetismo y seguridad del mecanismo de cierre» (la identidad del coronel Blimp, responsable del traspiés, se ha perdido, afortunadamente para él), y de Londres invitaban a Krupp a que se trasladara allí para tratar del precio. «Una estrella de esperanza ha surgido en mí», dijo Alfred, triunfalmente. Por desgracia, no tenía amigos en la corte inglesa, agregó en su carta, y rogó al príncipe heredero que le proporcionase algunas cartas de presentación. Su Alteza se mostró encantado, y se las mandó a vuelta de correo (56).

Alfred consideraba esto como una práctica comercial perfectamente lícita. Poco después, el 27 de febrero del año siguiente, preguntó a Federico Guillermo: «¿Por qué Inglaterra no puede obtener, en situaciones urgentes, el material de sus amigos del extranjero, hasta que sus industrias puedan hacerlo? *(bis es dasselbe innerhalb seiner Industrie selbts schafft?)* (57).

La pregunta no tenía respuesta. Como nadie podía garantizar que los amigos del extranjero lo serían para siempre, las repetidas afirmaciones de Alfred de que no armaría a un enemigo contra Prusia no tenían fundamento alguno. Había prometido a Roon que nunca vendería un cañón «que pudiera volverse algún día contra Prusia». ¿Cómo podía hacer semejante promesa? ¿Quién sabía los que podían convertirse en enemigos? Como más tarde se puso en evidencia, las diversas combinaciones de poderes que se formaron para tratar de anular el militarismo alemán iban a comprender a casi todos los países europeos, lo cual significaba que los cañones fabricados en Essen terminarían por volverse contra los

soldados alemanes. Resulta curioso que nadie pensara en semejante posibilidad, y para completar el disparate, se daba el caso de que los militares de otros países a menudo no veían necesidad alguna de proteger las industrias de sus propias naciones. Alfred fue bien acogido en Londres. (A su regreso agradeció calurosamente una credencial del duque de Cambridge manifestando: «Estoy firmemente resuelto a merecerla, y mandaré a Inglaterra algo que valga la pena.») El trato fracasó debido a que la naciente firma inglesa W. G. Armstrong & Co. apretó las clavijas en el Parlamento. A pesar de todo, el almirantazgo compró a Krupp algunos cañones en secreto. Luego, lleno de espanto, Alfred descubrió que eran los almirantes prusianos los que después anhelaban comprar cañones británicos. Se habían entusiasmado ante las piezas de Armstrong, cargadas por la boca, y no veían motivo alguno para no tenerlas. Al descubrir tamaña herejía, Krupp corrió a ver a Bismarck y le dijo que la traición de la Armada le ponía «totalmente enfermo». Bismarck se mostró de acuerdo, y la compra no se llevó a cabo. «Se mostró contento de verme», anotó Alfred, lleno de alivio, y la charla «me fue favorable» (58).

Con la aparición de Armstrong se completaba el mortífero triunvirato europeo: Krupp, Schneider y Armstrong. Durante los siguientes ochenta años, los tres serían aclamados como escudos del honor nacional, y más tarde, cuando sus tremendas máquinas guerreras quedaron fuera de control, como mercaderes de la muerte (*). De todos modos, nunca hubo disputa acerca de cuál de ellos era el número uno. Alfred había sido el primero, Alfred era el de más nombradía. Alfred tenía los clientes más importantes. Su triunfo durante la feria de Londres, en 1862, fue absoluto. Las pasadas exhibiciones le había demostrado que la turba se volvía loca por las armas, y decidió actuar para la galería. Un dibujante del *Illustrated London News* reprodujo «un grupo de objetos exhibidos por míster Krupp, de Essen, Prusia», y el dibujo rebosa de artefactos asesinos. Aunque un periodista halló un par de ruedas de ferrocarril «que habían rodado cerca de 74.000 millas, sin haber vuelto de nuevo al torno», eso era una verdadera excepción. Las miradas de los cronistas se clavaban en la artillería de Alfred, y sus vítores eran estridentes. El *Morning Post*, el *Daily News* y el *News of the World* se sintieron subyugados, y el *Spectator* declaró que algunas damas «se quedaban mudas de contento», mientras los hombres soñaban con «el rumor de la batalla del futuro». Hasta el *Times* saludó la «disciplina casi militar que reina en las acerías de Krupp, en Eissen (sic)», y concluía diciendo: «Felicitamos a Krupp por la preeminente posición que ocupa» (59).

Aquello, como el *Times* tuvo la crudeza de señalar, era como el patio trasero de Sheffield. Los hombres de Armstrong, cuando entraron en el negocio de armamentos, apretaron los dientes e hicieron lo que debían hacer. En consecuencia, recibieron pedidos de Italia, España, los Países Bajos, Sudamérica y el Oriente Medio. Armstrong aparecía lleno de confianza. Haciendo caso omiso de Schneider, escribió de Alfred que «él, en todo caso, puede ser la única persona, aparte de nosotros, que trata con cualquier potencia europea». Y también consideraba que cada paso que Krupp daba hacia atrás, era un paso que Armstrong daba hacia adelante. Cuando llegó a Inglaterra la noticia de que un cañón de Krupp había estallado, alegremente informó al administrador de sus talleres que

(*) En 1888 se unió a Armstrong otra firma británica de fabricantes de armas, Vickers Sons & Company Ltd. De todos modos, ambas empresas seguían las mismas directrices, y por fin se fusionaron el 31 de octubre de 1927, formando la compañía Armstrong-Vickers Ltd. Como detalle interesante debe decirse que la producción de Tom Vickers, relativa a llantas de acero colado para ferrocarriles, que comenzó en 1863, le permitió respaldar tempranos experimentos con cañones. Recibió su educación técnica en Alemania. (Scott, **Vickers**, pp. 14-15).

el cañón «como una venganza, voló en un millar de trozos. Todos los fragmentos eran buenos, de modo que el fracaso se debió puramente a la intrínseca deficiencia del material. He enviado esta hermosa noticia a (el subsecretario de la Guerra) lord Grey». Sin embargo, lo mejor de su producción no era precisamente una maravilla. Armstrong creyó que su prestigio iba en aumento cuando los rusos se ofrecieron a desmantelar sus talleres artilleros de Alexandropol (Leninakan), si instalaba allí una factoría. Lo que no supo es que durante varios años los rusos estuvieron haciendo la misma propuesta a Alfred, el cual la rechazó porque podía «abastecer a Rusia a un precio menor desde Essen» (60).

Indudablemente estaba suministrando a Rusia una buena cantidad de sus productos. El zar Alejandro II se convirtió en su principal cliente. Ni siquiera Guillermo podía compararse con él. El cañón de sesenta libras que Krupp envió a San Petersburgo era un arma espectacular, y en el otoño de 1862 los generales del zar dejaron boquiabierto a Alfred al mandarle un pedido por un millón de táleros, cinco veces mayor que el pedido de Potsdam. Esto permitió —o más bien exigió— la construcción de una nueva factoría de armamento, y los capataces de Krupp viajaron hasta Polonia, incluso, para contratar nuevos Kruppianer. Alfred se hallaba abrumado; su fanatismo prusiano disminuyó perceptiblemente, y se convirtió en algo parecido a un cosaco. En la primavera de 1864 recibió a un grupo de artilleros rusos en la Gartenhaus, la cual había decidido mantener como casa de invitados. También sostuvo una prolongada correspondencia con el teniente general conde Franz Eduard Ivanovitch Todleben, e incluso trató de descifrar un libro ruso que trataba de la defensa de Sebastopol. Por el momento dejó de lado todos sus pensamientos de servir a la *Vaterland* o a Inglaterra. Sus energías debían ponerse al servicio de aquel millón de táleros. La Gusstahlfabrik, escribió a Todleben, «ahora emplea cerca de 7.000 personas... que trabajan para Rusia» (61).

Era inevitable que el auge de la actividad de Krupp atrajese la atención extranjera. Alfred se encontraba en un hotel de Unter den Linden, cuando un periódico de Berlín publicó los detalles de su contrato con Moscú. Al regresar al hotel después de una charla con Roon, Krupp leyó el artículo en el que se le llamaba «*der Kanonenkönig*». Sumamente complacido, envió en seguida el recorte a Bertha. Los periódicos extranjeros también habían leído el artículo, y al cabo de pocos días era *le Roi des Canons* en París, y *the Cannon King* en Londres. Era una de esas frases que pulsan la cuerda popular, y la estimularon tan efectivamente que desde entonces el jefe de cada generación de los Krupp iba a ser conocido como «el rey de los cañones» (62).

4

Más eficaz que la marca X

El poderío de Alfred iba creciendo rápidamente. Hacia 1865 se hizo perceptible un nuevo auge de la firma, cuyos engranajes se hacían cada vez más grandes, rápidos y potentes. Alfred mandó demoler la vieja Gusstahlfabrik e hizo reconstruir otra en la que montó tres talleres de máquinas, tres laminadores, un tren de fabricación de ruedas, tornos para ejes, máquinas para construir cañones y una sala de caldera.

Cada mes que pasaba el plomizo y tiznado aire se volvía más denso. Todo el Ruhr sufría una transformación conforme los hombres iban explorando las maravillosas posibilidades del coque. El último de los viejos y pintorescos hornos de la colina había desaparecido, y la última de las ruedas del río crujió al detenerse por vez postrera. La industria se desplazaba rápidamente al campo carbonífero, y con ella llegaba el nuevo proletariado alemán: ex granjeros que jamás habían visto una máquina, que se apiñaban en casas con comodidades para la mitad de los que en ellas vivían —la población de Essen aumentó un 150 por ciento durante aquel decenio—, y que aun allí insistían en tener una vaca o un cerdo, o en arar una pequeña parcela, como recuerdo de su vida pasada. La emigración era para ellos algo terrible, y sus consecuencias fueron mucho peores. La clase trabajadora inglesa dispuso de medio siglo para acostumbrarse a la nueva vida, pero los prusianos sólo les concedían unos pocos años, y no podían adaptarse al ambiente. Desarraigados con demasiada precipitación, continuaron siendo gentes inadaptadas, que añoraban la sencillez de sus existencias antes de que los ferrocarriles invadieran las tierras donde habían nacido (1).

La llegada de estas gentes resolvió el problema de la falta de brazos que sentía Krupp. La escasez de capital aún persistía, y Alfred debió haberlo solucionado mejor de lo que lo hizo. Disponía de excelentes consejeros, un grupo de brillantes colaboradores, entre los que se contaba Sophus Goose, un joven e inteligente abogado; Carl Meyer, antiguo vendedor de libros, que a pesar de su aspecto de lechuza y su bigote ratonil, se convirtió en una especie de embajador de Essen en Potsdam, y Alfred Longsdon, lánguido aristócrata británico con cara de nabo que había sido su agente en Londres, que se negó a aprender alemán, y en el que Krupp confiaba más que en sus propios compatriotas. Todos estaban destinados a pasar buena parte de sus carreras tratando de convencer a su patrono de que debía limitar un poco sus deseos de expansión. Todas las adver-

tencias contra los gastos excesivos eran rápidamente rechazadas: *Hätte ich erst dann arbeiten wollen, wenn alle Einrichtungen vollkommen waren, so würde ich heute Tagelöhner sein»* («Si hubiera esperado a ponerme a trabajar hasta que todo hubiese estado arreglado, hoy sería un jornalero».) (2).

A pesar de los generosos créditos concedidos por Berlín, las compras de materias primas de Alfred siguieron yendo más allá de todo lo razonable. Consideraba que debía tener sus propias minas de carbón, sus hornos para fabricar coque, sus vetas de mineral de hierro —tenía cincuenta de estas minas en el Ruhr—, y aun esto le parecía poco. Tras algunas noches de insomnio bajo su edredón, con los puños y la mente tensos, decidió que sus existencias de materias primas aún eran insuficientes. Tendría que comprar la fundición Sayn, del Tesoro Real de Prusia. Las negociaciones que siguieron dan un buen ejemplo del terrible precio que pagaba a veces en tales transacciones. Temiendo que las negociaciones fueran infructuosas, ofreció por Sayn medio millón de táleros, cien mil más de la suma que hubiese aceptado el Gobierno. Pero el afán que atenazaba a su desbocado sistema nervioso seguía acrecentándose. Una vez que la fundición hubo cambiado de manos, escribió que «nunca en mi vida de negocios, incluso en épocas de necesidad, he pasado una ansiedad tan grande como durante los dos meses en que se hicieron objeciones a la firma del contrato». Como de costumbre, afirmaba que siniestras fuerzas se estaban aliando contra él: «Las intrigas que siguieron, el incumplimiento de convenios y la despreciable conducta de gentes situadas en los más altos cargos, deben ser relatados aparte...» La preocupación le había vuelto «enfermo y viejo» *(krank un alt)* (3).

Luego se produjo lo del asunto Bessemer. El convertidor de sir Henry Bessemer había sido patentado en Inglaterra algunos años antes, y ahora Longsdon, amigo del hermano de sir Henry, dijo a Krupp que podía obtener la licencia para Prusia, si lo deseaba. Alfred aprovechó la ocasión. Sus subordinados alemanes, en cambio, consideraron que para nada necesitaba ese procedimiento, y tuvieron razón. Bessemer había obtenido un gran éxito en Inglaterra, fundiendo hierro en bruto en un crisol en forma de huevo, por el que pasaba una corriente de aire caliente, con lo que el oxígeno del aire se combinaba con el carbono del hierro, transformando a éste en acero. Era algo magnífico... para Inglaterra. Los minerales de hierro ingleses, aunque no tan puros como los de Suecia, tenían una cantidad relativamente pequeña de fósforo. Los minerales de Alemania, por el contrario, presentaban tal cantidad de fósforo que casi relucían en la oscuridad, y la invención de Bessemer de nada valía en este caso. Krupp pasó mucho tiempo tratando de justificar su inversión. Quince años más tarde seguía esperando «poder usar aún el proceso Bessemer con algún provecho» (4), y como eso le resultara imposible, en una de sus maniobras características, Alfred se aplicó de lleno a las minas de España, cuyo hierro estaba libre de fósforo. Al principio no sabía siquiera que existiera ese problema. Trabajando en secreto, como siempre, construyó luego convertidores, dio a su nuevo producto el nombre en clave de Acero C & T, y lo utilizó en la fabricación del nuevo cañón destinado al rey Guillermo.

La hora de prueba del Kanonenköenig se estaba acercando rápidamente. El nuevo ejército de Guillermo estaba en marcha. A comienzos de enero de 1864, Prusia y Austria se aliaron para invadir Schleswig-Holstein, y en la campaña relámpago que siguió, arrancaron los dos ducados del dominio danés. Alfred depositó la carga sobre los hombros de la Gusstahlfabrik: «Debemos aplicar todas nuestras energías al servicio de Prusia, con toda rapidez *(Wir müssen Preussen mit aller Energie rasch*

bedienen), y obtener tan pronto como sea posible aquello que falta, máquinas para rayar ánimas, y otras cosas semejantes.» (5).

Estas máquinas eran importantes, y podían contribuir para derrotar a Roon. Los nuevos cañones eran de retrocarga y con ánima rayada. Las cureñas prusianas los llevaban ya hacia el Norte, pero no entraron mucho en acción, en parte por la rapidez de la maniobra ya iniciada, y en parte, tal vez, porque el Offizierskorps seguía mostrándose receloso ante una artillería poco ensayada. Después de la paz, Roon rechazó la propuesta de entregar más artillería de acero, hasta que el rey intervino de nuevo e hizo un pedido por otros trescientos cañones a Essen. De todos modos, Alfred aún seguía rechinando los dientes. Había esperado grandes cosas de la campaña de Schleswig-Holstein: atronadoras salvas, campos llenos de daneses mutilados. Pero no tenía por qué preocuparse; de nuevo los tambores de la guerra estaban resonando; los dos aliados estaban disputando sobre los despojos, y Krupp miró al futuro con renovada esperanza, una confianza excesiva, según pudo verse más tarde, ya que toda guerra tiene sus sorpresas desagradables, y la *Brüderkrieg* con Austria iba a asombrar a Krupp. En los tumultuosos meses que siguieron quedaron cruelmente al descubierto todos sus puntos débiles: su falta de capital, su acero Bessemer de calidad inferior, su deficiente mecanismo de retrocarga, y, por encima de todo, también, el inseguro comportamiento del propio Alfred.

Essen saludó al año 1866 con un infernal estrépito de martillos pilones de vapor. El negocio nunca había marchado mejor, y conforme la primavera iba reverdeciendo en las filas de altos y ralos álamos que crecían en las orillas de los ríos Berne y Ruhr, todos los talleres iban trabajando al máximo de su capacidad. Como Estados Unidos no podía fabricar suficientes ruedas de ferrocarriles, llegaban algunos pedidos de Norteamérica por valor de cien mil dólares cada uno. La crisis política en el Sur era especialmente intensa. Baden Württemberg y Baviera solicitaron cañones de acero colado. Austria pidió 24, y el propio Guillermo presentó un magnífico pedido de 162 cañones de cuatro pulgadas, 250 de seis pulgadas y 115 de veinticuatro pulgadas. El hecho de que dos peticiones de Berlín y Viena se hicieran a la vez, no pareció preocupar demasiado a Alfred. Pero sí le preocupó a Roon. El 9 de abril de 1866, al día siguiente de la fecha en que ambas naciones comenzaron a movilizar sus hombres —Bismarck había firmado una alianza con Italia veinticuatro horas antes—, el Ministerio de la Guerra envió un despacho urgente a Essen, en el que se leía:

> «Me aventuro a preguntar si está usted dispuesto, en patriótica consideración a la presente situación política, a no suministrar más cañones a Austria sin el consentimiento del Gobierno del rey *(ohne Zustimmung der Königlichen Regierung keine Geschütze an Osterreich zu liefern)* (6).

Cinco días angustiosos pasaron sin que llegase respuesta de Essen. Luego, Alfred contestó con altivez (y evidente hipocresía) que «de situaciones políticas conozco muy poco; sigo trabajando despacio». Explicó que la primera muestra de cañón para Viena no estaría terminada hasta junio, y que el resto del contrato no debía completarse hasta seis semanas más tarde, agregando astutamente que, en todo caso, Berlín podía confiscar sus envíos, si el rey así lo deseaba. A continuación, con poca habilidad, iba al grano del asunto y parecía llenarse de confusiones:

«Con referencia a ese tema, confío en que vuestra excelencia conseguirá su objetivo sin que surja ningún conflicto entre mi patriotismo y

mi reputación en el extranjero *(ohne einen Konflikt zwischen meinem Patriotismus und meinem Ruf nach Aussen)*... Después de todo, no estamos aún, ¡gracias a Dios! en guerra, y Dios quiera que conservemos la paz.» (7).

Agregaba mucho más, pero su resumen, la respuesta a Roon era un no evasivo. La reacción fue inevitable. Luego, ciego ante el conflicto entre sus intereses y los de Prusia, fue a la capital y visitó a Roon, a uno de los príncipes Hohenzollern, y a Bismarck. La alteración que éstos trasuntaron no pareció afectarle demasiado. «La guerra con Austria —manifestó Alfred, alegremente— es inmediata.» Bismarck había sacado a colación el asunto de armar al enemigo («Me exhortó a no suministrar cañones a los austríacos con demasiada rapidez»), pero Alfred no pareció darse por enterado de la advertencia. «Dije que debíamos... cumplir con las obligaciones contraídas.» Luego, Alfred llegó a asustar a su interlocutor haciéndole notar que las defensas de Prusia eran inadecuadas. «Eso, evidentemente, llegó a alarmarle, que era lo que yo quería», informó con gozo a sus lugartenientes de Essen, agregando que Bismarck «se había consolado de momento con el hecho de que los cañones austríacos podían haber sido comprados para las fortalezas de Austria... en contra de Italia.» Algo más que este consuelo esperaba al delegado del rey. La reacción de Alfred siguió rápidamente a esto. Según confió a Bismarck por enésima vez, se hallaba necesitado de fondos, y preguntó si el Banco del Estado prusiano podía adelantarle dos millones de táleros. En el pasado, el Gobierno se había mostrado complaciente. Ahora le contestaron con rudeza que debía hipotecar sus materias primas ante el Seehandlung Bankinstitut. Irritado, apeló de nuevo al rey. La negativa de Guillermo fue aplastante. Le aconsejó que solicitara la hipoteca, que dejara de obrar «tan obstinadamente», que «abandonase su terca actitud» y que «entrase en razón mientras aún estaba a tiempo». *(Besinnen Sie sich noch zur rechten Zeit)*. Desconcertado, Alfred accedió, pero luego sufrió una postración nerviosa, y al escribir a Bertha, que junto con su hijo Fritz, de doce años, se estaba tostando al sol en Niza, manifestó que se encontraba en cama a causa del «*Rheuma und Nervotismus*» (8).

Berlín no tenía tiempo de apiadarse de un nervioso reumático. La misma capital estaba sufriendo un fuerte ataque de nervios. Bismarck se había excedido, y Napoleón III consideró que debían ponerse las cosas en claro. Al entrever una alianza contra Guillermo, integrada por Baviera, Württemberg, Baden, Sajonia y Hanover, que se habían unido a Austria, el emperador francés colocó sus esperanzas diplomáticas en una larga guerra que dejase exhaustos a los dos bandos. Pero se equivocaba por completo, y la guerra duró sólo cuatro semanas. Mediado el verano, Prusia, victoriosa, había absorbido la zona austríaca de Silesia y todo el norte de Alemania. Colocando pieza a pieza del rompecabezas, una gran nación iba tomando forma. Había sido un triunfo de la tecnología. El general Helmuth von Moltke estudió detalladamente el diestro uso que la Unión norteamericana había hecho de los ferrocarriles en el sur de aquel país. Trasladando sus tropas en vagones de mercancías, coordinando los movimientos con cuerpos de telegrafistas bien adiestrados, Moltke reunió una gran cantidad de fuerzas ante la fortaleza bohemia de Königgrätz (Sadowa). El 3 de julio, exactamente tres años después de la decisión de Gettysburg, en Norteamérica, los defensores bohemios se vieron abrumados por la superioridad enemiga. Tácticamente, las pequeñas armas prusianas habían dado un excelente rendimiento. Los primeros despachos informaban acerca de los fusiles de Johann Nikolas von Dreyse, que habían permitido a las oleadas de infantes el ataque, al disparar inclinados sobre los austríacos armados con fusiles de carga delantera (9).

Pero, ¿qué noticias llegaban de la artillería? Cojeando penosamente de vuelta hacia Essen, Alfred esperó los informes. El primero resultó alentador. El 9 de julio, el general Voigts-Rhetz escribió desde el frente de Bohemia diciendo:

> «*Ich konnte Ihnen nur das Wort "Sieg!" zurufen, als die Schlacht vorbei war, und das war in jener Zeit auch genug... Eins Ihrer Kinder wurde übrigens auch verwundet.*»

> «Cuando la batalla hubo terminado, no pude menos que gritar "¡Victoria!", y eso ya fue bastante, en tal momento. Como sabrá, hemos derrotado a la orgullosa Austria, y con ello está usted especialmente relacionado, aparte de su patriotismo, pues nos ha ayudado del modo más efectivo con sus cañones. Esos hijos suyos han estado charlando durante largas horas con sus primos austríacos. Fue un duelo artillero con cañones de ánima rayada, y resultó memorable y muy interesante, aunque también muy destructor. Sin embargo, uno de sus hijos resultó con heridas» (10).

Ese fue el modo de expresarlo lo más diplomáticamente posible, ya que Voigts-Rhetz era un decidido partidario del cañón de acero. Pero en realidad resultaba peor. Un ángulo indebido en los cerrojos del mecanismo de retrocarga había hecho fracasar el combate inaugural de los cañones de Alfred. Las filtraciones de gas y llamas por las grietas del mecanismo hicieron una carnicería entre los servidores de las piezas de cuatro y seis libras. No podía culparse a los artilleros muertos. Además, el desastre no se limitó sólo al ejército prusiano. Una breve queja de San Petersburgo puso de manifiesto que un cañón Krupp de nueve pulgadas había estallado durante unas maniobras. De pronto, todo iba a desplomarse: obreros, Kruppstahl, beneficios, proyectos. Hasta el asunto de las ruedas de ferrocarril se veía amenazado, pues una firma británica devolvía a Essen el primer envío de llantas hechas con acero Bessemer, por no resultar satisfactorias. Los sueldos de los Kruppianer fueron reducidos, y los trabajadores permanecieron ociosos (11).

Agobiado por tal cúmulo de calamidades, Alfred se limitó a desaparecer. Saltando al primer tren que pudo tomar, se dirigió sin rumbo fijo a Coblenza, a Heidelberg, a la densa Selva Negra. Se detuvo para recobrar el aliento en Karlsruhe, esa extraña ciudad de peculiar inspiración teutónica, construida para satisfacer los sueños de un gran duque que se quedó dormido durante una partida de caza. Pero aquello no era lo bastante lejos para Krupp. ¿Acaso no había contribuido a sacrificar a los valientes artilleros de su patria? ¡Le encerrarían como a un maníaco homicida! ¿Qué diría el rey a todo esto? ¿Y Bismarck? En cuanto a Roon, era de preverse. El viejo pomposo y altanero se reiría al recordar a Potsdam que él había previsto la posible catástrofe, y que el bronce, al menos, no estallaba. Sudando a mares, Alfred sacó un billete para Suiza. Durante el viaje envió a Roon una nota lamentable y servil, en que decía:

> «*Berlin oder im Hauptquartier S. M. des Königs. Privat.*
> *Eigenhändig*
> *Ew. Exzellenz.*
> *Fühle ich mich gendrungen — mitten in der Freude über die wunderbaren Erfolge der unvergleichlichen Armee — ...*»

«Berlín, o al Cuartel General de S. M. el Rey. Privado. Personal.
Excelencia:
En medio de mi alegría por el maravilloso triunfo de nuestro incomparable ejército, me siento obligado a confesar mi abrumadora pena ante las noticias que han llegado hasta mí, de que en dos cañones de cuatro libras el cierre saltó al accionar, y que lo mismo ocurrió a otro de seis libras...» (12).

Siguieron a esto las disculpas. Sir Henry Bessemer era un *Schwein*, y el defecto residía en que los cañones se habían fabricado en parte con un «material inadecuado, que no fue suministrado por mí.» De todos modos quería ser honrado. No había que darle vueltas al asunto, y era evidente que un cañón «no podía poner en peligro a los que le servían». El contrito malvado se ofrecía a cambiar todos los cañones de acero de Prusia, sin cargo alguno. La carta fue echada al correo por un empleado del tren, mientras su arrepentido autor, con una desusada apariencia, como si vistiera hábito y se llenara de cenizas, marchaba al exilio.

Sería un exilio prolongado, que duraría un año, ya que en Berna se enteró de que los soldados desmovilizados llevaron el cólera al Ruhr —su caballerizo mayor había muerto a consecuencia de la enfermedad—, y Alfred ya tenía bastantes preocupaciones para tener que enfrentarse encima con *eso*. Lo que precisaba era paz y esparcimiento. En una palabra, necesitaba a su mujer. Ante la consternación de ésta, Alfred se presentó en Niza, deshecho por las preocupaciones y ridículo con su nuevo peluquín. El médico de Bertha nos ha dejado una aguda descripción de la llegada de Krupp a Château Peillón. Resulta algo deprimente. Las gentes del castillo observan al descarnado fugitivo y vacilan en acercársele. Tenía Alfred cincuenta y cuatro años, pero su aspecto era senil. El doctor Künster, que ya le conocía de antes, escribió:

«*Er war eine sonderbare überall auffallende Erscheinung... Selten belebte ein Lächeln diese Züge, gewöhnlich waren sie steinern, ohne jede Regung.*»

«Era una calamidad, que atraía la atención por todas partes debido a su desusada talla y notable delgadez. Sus facciones habían sido en un tiempo muy regulares, incluso atrayentes, pero envejeció rápidamente. Tenía un rostro sin vida, sumamente pálido y también arrugado. Un escaso resto de pelo canoso, rematado por un bisoñé, coronaba su cabeza. La mayor parte del tiempo su cara permanecía pétrea e inmóvil» (13).

No tardó Alfred en comprobar que el ir allí había sido un error, pues se encontraba más solo que nunca y no tenía a nadie con quien hablar. Corrían ciertos rumores de que unos cuernos invisibles adornaban su peluquín. Indudablemente, frau Krupp debió de tener numerosas ocasiones para correr aventuras amorosas en aquella época, y las fotografías demuestran un cambio asombroso en ella, convertida ahora en una vigorosa mujer de amplio busto, con poco más de treinta años y que parecía sensual, disoluta, con el cabello alborotado. (De cualquier forma que se considere su expresión, resulta turbadora; o bien era una mujer de gran sensualidad, o bien —otra posibilidad muy diferente— se hallaba profundamente trastornada.) Pero eso pudo haber sido cosa de la fotografía, y no tiene gran importancia. Casta, impúdica o loca, el hecho es que se

apartó de Alfred. Para éste, además, su enfermizo hijo era un extraño, y el resto de los que residían en el castillo eran tediosos o aborrecibles. Disputó con uno de los ociosos parientes de Bertha. Según Künster:

> «*Krupp ist ohne Zweifel ein technisches Genie... Er war gewöhnt, wie ein Fürst aufzutreten, konnte aber daneben kleinliche Züge verraten.*»

> «Krupp era indudablemente un técnico genial..., pero aparte de eso era de mentalidad extremadamente cerrada. No se interesaba por nada que no se relacionase con su actividad. En consecuencia, llegó a la conclusión de que un pariente de su esposa, Max Bruch, más tarde famoso director de orquesta, estaba perdiendo totalmente el tiempo al dedicarse a la música. De haber sido Bruch un técnico, hizo notar Krupp con toda seriedad, hubiera sido de alguna utilidad a sí mismo y al mundo, pero como músico llevaba una existencia totalmente sin objetivo. No había nada que (Alfred) creyera más allá de su alcance, una vez que se había puesto a ello. Su propia carrera le había dado tal confianza que su conducta lindaba en ocasiones con la megalomanía. Sabía comportarse de modo principesco, pero también era capaz, igualmente, de acciones mezquinas» (14).

Con su propia mano, Krupp resumió el juicio que le merecía el genio cultural de Alemania.

> «*Ich frage weder Goethe noch irgendein Wesen in der Welt, was Recht ist; —das weiss ich selbst und niemanden stelle ich so hoch, dass er besser wisse.*»

> «No tengo que preguntar a Goethe, ni a nadie más en este mundo, para conocer lo que está bien; yo mismo conozco la respuesta, y no considero que nadie esté capacitado para saber más que yo.»

El trabajo siempre había sido su salvación. Y sin embargo, ahora no le valía de mucho. Ese mes de noviembre pensó en rehacer su reputación, sugiriendo a sus agentes que se pusieran «en contacto con algunos editores y con periodistas respetables». Pero su corazón no estaba de acuerdo con eso. El Rey de los Cañones parecía haber sido destronado, aniquilado. Incluso cuando se demostró que su situación no era tan mala como él lo había creído, la convalecencia le mantuvo inactivo. Un año más tarde hizo notar que se sentía «aún frecuentemente afectado por dolores de cabeza». Después, poco a poco, se fue recuperando. Comenzó a comprar regalos otra vez, adquirió hermosos caballos para los clientes del extranjero, y cuando se trataba de soberanos reinantes ordenaba que les mandasen cañones con incrustaciones de plata. Todo esto lo dirigía desde Niza. Sin embargo, cuando Alfred regresó a la Gusstahlfabrik, sus obreros comenzaron a preguntarse intrigados qué le habría pasado a su mariscal. Con excepción de algunas rápidas visitas a los talleres, los Kruppianer apenas le veían. Después de cuarenta años junto al timón, realizando a veces guardias de veinticuatro horas, el capitán abandonaba su barco. Era algo sumamente extraño. Quizá hubiera contraído alguna aversión hacia los talleres, o tal vez estaba esperando que regresara su esposa. De todos modos, mucho después que la epidemia de cólera hubo desaparecido, y que la prosperidad volvió a sus fábricas, Alfred prosiguió con sus singulares visitas a los balnearios, como un espectro persiguiendo a su sombra

por toda Europa, y dejó el mundo de su empresa al *Prokura* de Essen, una junta de cuatro administradores. «El estado de mi salud no me permite soportar preocupaciones debido a la marcha de los talleres», escribió a sus administradores desde el balneario holandés de Scheveningen. Entonces se propuso meditar sobre cómo debía pasar «desde una vida de actividad, al eterno mundo por venir» (15).

Cuánto tiempo hubiese permanecido Alfred inactivo, si acontecimientos importantes no se hubieran presentado, es una pregunta de interés; y también altamente intrigante. Los sucesos estaban empujándole continuamente en la vida, ya que era un fabricante de acero, aquélla era la Edad del Acero, y casi todos los días un nuevo ingenio creaba algo relacionado con el nuevo y útil metal. A la larga, Alfred estaba destinado a prosperar, del mismo modo que el sino de su padre fue el fracaso. La Historia cabalgaba junto a él. Si algún inventor llegaba a perfeccionar el proceso de Bessemer, era indudable que el hallazgo sería aplicado en el Ruhr, que era como decir en la firma Krupp. Mientras Alfred languidecía desdichadamente en la Riviera, Karl Wilhelm Siemens creaba, en Gran Bretaña, su horno de hogar abierto, logrando transformaciones químicas en el hierro fundido y en la chatarra de acero mediante la combustión de gases en la cámara. Aunque más lento que el de Bessemer, el proceso producía más acero y de mejor calidad, y era lo ideal para un mineral impuro. Siemens lo ofreció inmediatamente a Alfred, como «*dem an der Spitze der Industrie stehenden*» (nuestro principal industrial), y el exiliado sintió, de pronto, que de nuevo le atraía la vida activa. Resucitado, puso en guardia al Prokura: «Debemos tener ojo con el asunto, y no dejar que se nos escape de las manos; de ser bueno, tenemos que ser los primeros en utilizarlo.» (16).

Mientras tanto, sus aliados en el ejército prusiano se habían ocupado de cerrar las heridas existentes. Todas las maniobras realizadas durante la guerra de siete semanas fueron examinadas con detalle. Los mutilados cierres de los cañones no quedaron exentos de ello. Sin embargo otros de esos mecanismos aguantaron. Allí el juicio militar debió suspenderse, pero dos generales, Voigts-Retz y Gustav Eduard von Hindersin —éste había sido jefe de la artillería en Bohemia, durante la guerra austro-prusiana—, seguían mostrándose partidarios de Krupp, y pretendían que se equipase a todo el ejército con pesados morteros de acero, y cañones de acero colado, con ánima rayada y de retrocarga, todos fabricados en Essen. Alfred, manifestaron, estaba dispuesto a enviar cuatrocientos nuevos cañones de cuatro libras a cambio de los fabricados antes de 1866. Krupp se dio maña para coordinar entrevistas entre sus gerentes y Bismarck, hizo caso omiso de Roon y se vio favorecido con la aquiescencia del rey. Su motivo para «hacer ese sacrificio», según declaró, no era patriótico, precisamente. Deseaba rehabilitarse y terminar con el escándalo. «Investigaciones de esa especie aburren a cualquiera, y las... autoridades meten la nariz en todo.» Su Majestad se mostró dispuesto a hacer las paces. Alfred mantuvo correspondencia con sus ingenieros y la defectuosa ranura del cierre del cañón fue reparada. En el polígono de tiro de Tegel se comprobó la mejora, y el resultado satisfizo al rey, a Bismarck y a Moltke. Hasta el mismo Roon quedó silenciado temporalmente, y según Krupp hizo notar, «el sistema de retrocarga fue adoptado como principio en Prusia». En consecuencia, el sacrificio no lo había sido en absoluto. Por el contrario, se convirtió en un buen negocio. El terreno perdido en Austria había vuelto a ganarse, y a comienzos de 1867, Alfred estaba tratando de influir en los nombramientos reales del Ministerio de la Guerra. A Albert Pieper, el activo y joven presidente de su Prokura, le escribió lo siguiente:

«Ich habe mir vorgenommen, bei erster Gelegenheit dem Könige selbst meine Meinung darüber zu sagen... Ich kann ihm alles sagen.»

«Trataré de exponer al propio rey mi parecer acerca del asunto, en la primera ocasión que tenga, recordándole que Prusia estaba atrasada debido a que el Departamento se hallaba mal administrado, y que habrá otro desastre si se desintegra al Departamento miembro a miembro. Puedo decirle cualquier cosa» (17).

Alfred debió haber aprendido algunas lecciones, después de lo que le había ocurrido. Chamuscados los dedos en Viena, bien pudo volverse más prudente en el comercio de cañones con el extranjero. Pero, no; en menos de un año, y en el punto álgido de la crisis franco-prusiana de 1868, con motivo de Luxemburgo, le hallamos tratando de armar a los franceses durante la segunda feria de París. Al empeorar la crisis —Napoleón III, alarmado ante el creciente poder de Guillermo, trata de anexionarse el ducado—, Alfred se muestra vacilante. Desea hacer comprender a Berlín que «en caso de guerra, estoy dispuesto a realizar cuanto esté de mi parte para ser útil». Luego sigue adelante, y en la Muestra exhibe un lingote de 88.000 libras (el temeroso jurado insiste en que refuercen el suelo), y un gigantesco cañón de catorce pulgadas. En los anuncios proclama que el cañón es «*ein Ungeheuer, wie es die Welt noch nicht sah*» (un monstruo como nunca había visto el mundo), y no exageraba. Sólo el tubo pesa cincuenta toneladas, y la cureña cuarenta *Enchanté;* el emperador concede a Krupp el Gran Premio de la exposición y el grado de oficial en la Legión de Honor. Las perspectivas se complican. En setiembre, Luxemburgo provoca un conflicto que termina con la humillación de Napoleón III. Tal vez el emperador está tratando de sacar algún provecho del asunto. De ser así, Krupp tiene algunos hombres muy persuasivos para las ventas. El 31 de enero de 1868, Alfred manda a las Tullerías un catálogo de sus armas. «Alentado por el interés que Su Graciosa Majestad ha demostrado por un simple industrial», ruega al emperador que examine «el adjunto informe de una serie de pruebas de disparo que acaban de realizarse, y sugiere que «el cañón de acero que fabrico para varias de las grandes potencias de Europa, será digno de atraer la atención de Su Majestad, durante un momento, y suministrará una excusa a mi audacia». Audacia era poco, pues las dos naciones eran como campos de batalla. Entonces intervinieron el general Edmond Leboeuf, ministro de la Guerra, así como un allegado de la firma Schneider. A pesar del excelente informe suministrado por una comisión de artilleros franceses, que había observado el superior alcance y la gran precisión de los nuevos cañones de retrocarga de Krupp, durante las maniobras belgas, los franceses declinaron la proposición. El 11 de marzo de 1868, el ministro de la Guerra cerró en París el expediente de Krupp escribiendo encima una nota definitiva: *Rien a faire* (18).

No había nada que hacer. Y eso fue una suerte para Alfred, aunque él no lo viera de este modo. Descorazonado, mandó el cañón de París a Potsdam, como regalo, y a continuación envió al zar de todas las Rusias un segundo y descomunal cañón para estar bien seguro de que su principal cliente no se sentía desairado. El patriota y el internacionalista que había en él seguían coexistiendo, en parte porque el nacionalismo no era demasiado intenso en Europa Central, y en parte también porque Krupp se había convertido en algo especial. Jerónimo Bonaparte, cuando se detuvo en una ocasión en Essen, como diplomático viajero, describió la

empresa como «*ein Staat im Staate*» (un Estado dentro de otro Estado). En efecto, en un período de intenso militarismo, el fabricante de municiones era una figura admirada mundialmente, y Alfred tenía, según él mismo declaró en San Petersburgo, «la mayor de las fábricas existentes de cañones». Debido a lo notable de sus talleres, fue honrado por soberanos a los que Guillermo no osaba ofender. Japón y Suecia enviaron miembros de la real familia a Essen; Turquía, Rusia, Portugal y Bélgica le condecoraron (19).

Pero la espada del armero no cortaba por ambos filos. Essen podía ignorar a Berlín, e incluso poner en peligro la seguridad de Prusia —no podía darse otra interpretación al coqueteo con Luis Napoleón—, pero Berlín debía comprar armas a Essen únicamente. La lógica de Krupp era aquí engañosa, cuando afirmaba:

> «*Wenn wir für Preussen arbeiten, auch wenn es die Lieferungen bezahlt, so verlieren wir doch dem gegenüber...*»
>
> «Cuando trabajamos para Prusia perdemos relativamente, aunque pague por nuestras mercancías, ya que dedicamos nuestro tiempo y artesanía a asuntos más provechosos, cuando nos aplicamos a atender otros Gobiernos» (20).

De este modo, se sentía con derecho a obrar de manera que si Berlín pedía «tan sólo un cañón» a otro competidor, él «daría al mundo entero lo que le pedía» (21). El hecho de que ya estaba haciendo entregas a quienes pagaban con ducados, florines, libras, marcos, maravedís o rublos, fue convenientemente ignorado. Las cartas en donde con gran tacto se le hacía notar todo esto, fueron leídas por él en sus interminables noches de insomnio y dejadas de lado. Doble juego o no, éste debía llevarse tal como él lo imponía, siguiendo sus reglas. Con frecuencia amenazaba con desertar de las orillas del río Berne, y uno llega a preguntarse qué era lo que tenía en la cabeza: ¿Niza? ¿Scheveningen? Essen no, en todo caso: el Ruhr era un lugar para vivir cuando había suerte; pero durante una mala racha se convertía en algo intolerable. Por lo tanto, cuando el cielo de Alfred se oscureció en 1868, emprendió viaje hacia San Petersburgo.

Apenas salido de la decepción que tuvo con Francia, Alfred se enteró de que la Marina de la nueva Federación Alemana del Norte (Prusia y los demás Estados situados al norte de río Main) estaba tratando de llegar a un acuerdo con Armstrong. Eso le pareció una mala jugada, y abandonando a Bertha, Krupp sacó un billete para la estación Finlandia. Había elegido Rusia porque era uno de los armeros preferidos del zar Alejandro II, y, según manifestó, con él podía contar con «enormes pedidos». Colocando sus archivos portátiles en la habitación de un hotel de San Petersburgo, comenzó a sostener un ansioso intercambio de telegramas con su representante en Berlín, Carl Meyer. Las noticias de éste resultaban alarmantes. Un cañón británico de nueve pulgadas y de carga delantera, había sido probado en Tege, satisfaciendo al eminente jurado integrado por Guillermo, Bismarck y los almirantes de la flota. («*Die filzige Suite*», escribió Alfred, lleno de ira; «una vil pandilla»). Berlín, por consiguiente, estaba intentando jugar abiertamente. Para él, eso era chocante. ¿Cómo podía combatirlo? Sólo había un modo de hacerlo: logrando que el águila bicéfala prusiana chillase de dolor. «El que no se me haya tratado con la misma justicia a mí, el fabricante compatriota, es la queja que yo tengo que hacer», declaró quejosamente. «El que la Real Armada prusiana no obtenga sus cañones del exterior, puesto que tiene oportunidad de conseguir mejores armas en casa, es para mí un asunto

de honor, mucho más que de interés financiero». Y como permanecía en la capital de Rusia, tratando de negocios con funcionarios de la orilla izquierda del Gran Neva, y asistía noche tras noche al teatro con galoneados oficiales de la marina rusa, a la que había armado, Alfred declaraba que «un extranjero» (Armstrong) no podía competir para el suministro de la armada de su nación con uno del país (él mismo). «Tal proceder de parte de Prusia —protestó—, sería exponer los establecimientos de Essen a la humillación, ante los ojos del mundo entero.» (22).

Esta humillación fue soslayada mediante una extraordinaria estratagema. Alfred solicitó testimonios de los almirantes del zar. Todos ellos juraron que los cañones de ocho y nueve pulgadas de Krupp eran más eficaces que los de cualquier otra firma de las principales, y pidieron a Guillermo que no adquiriese la Marca X. Envió Alfred estos notables documentos a Meyer, el cual los remitió a Su Majestad. El rey se echó atrás en sus conversaciones, y los ingleses, molestos, regresaron a su país. Tal vez el episodio les pareció tan fantástico que ni siquiera contaron en Inglaterra los detalles. Por lo tanto, no se hace referencia alguna al asunto en los archivos de Armstrong. Sabemos que los ingleses renunciaron a Alemania del mismo modo que Krupp lo había hecho con Francia, y que jamás volvieron con tal motivo a Berlín. Después del incidente, no se les podía culpar. Los británicos habían ganado todas las batallas menos la última, y ésta la habían perdido porque Krupp les acusó de no jugar limpio. Cada año que pasaba, Alemania se volvía más incomprensible.

La tolerancia del rey hacia Alfred contrariaba a muchos de los que le rodeaban. Roon el intransigente ministro, se mostraba especialmente molesto. Había llegado el momento de tratar al ministro prusiano de la Guerra con poca delicadeza. Asombrosos sucesos iban a desacreditar su capacidad técnica, dando la impresión de que hubiera estado engañando deliberadamente al armero del Reich. Y sin embargo, Roon no era del todo necio. Su preferencia por el bronce, o de lo contrario por los cañones de Armstrong, con tubos de hierro forjado cuya resistencia se aumentaba mediante zunchos exteriores, era compartida por numerosos expertos artilleros de probada competencia. Estos seguían desconfiando del acero, pues declaraban que dicho metal se enfriaba irregularmente durante el moldeado, y que ello podía provocar el estallido del cañón. Así ocurrió, y precisamente sucedió a los cañones de Krupp. Mucho después de que las ánimas rayadas y el sistema de retrocarga hubieran sido aceptados, esta objeción iba a presentarse repetidas veces. Se habló de ello seis meses después de una batalla naval. Alfred creyó haber resuelto el asunto. Obtuvo un crédito de dos millones de táleros para ampliar los talleres artilleros de Essen, gracias a los pedidos que le había hecho la marina, y regresó cariñosamente al lado de Bertha. Estaba curándose de las quemaduras de sol, junto a su mujer, cuando recibió de Roon un traicionero golpe por la espalda. Siete días antes de la Navidad de 1868, el ministro le dijo que el asunto seguía en tablas. Los británicos quedaban fuera de la competencia, pero no había nadie para remplazarles. No se sabía la decisión a tomar en el caso del armamento de los navíos. Si Roon pensaba en catapultas o arpones, no lo dijo. Lo que sí afirmó era que no habría contratos para Essen. Entonces, Alfred tuvo que suspender la ampliación de sus talleres y escribió a Roon: «Me inclino ante lo inevitable» (23).

Se inclinó arteramente, dispuesto a replicar a la jugada. Se apreciaba que había algo más de lo que aparecía en la superficie, y Alfred se disponía a llegar al fondo del asunto. Entonces se dirigió directamente a los funcionarios que le apoyaban en el departamento, los cuales compartían

su preocupación. Sabían mejor aún que Krupp lo dura que se había vuelto en Berlín la pugna de los cañones, y también estaban enterados de que la decisión a tomar era de enorme importancia. Lo que estaba en juego era nada menos que la supervivencia de Prusia y el futuro de Europa. Alfred había tomado correctamente la medida de Luis Napoleón. Tras la humillación de Luxemburgo, deseaba poner en práctica el último recurso de los reyes. Así lo hizo. En realidad, estaba aguardando un enfrentamiento final con Prusia. Los Junker se mostraron encantados ante el desafío. Desde el 29 de octubre de 1857, cuando Moltke fue nombrado jefe del Estado Mayor, seis días después de que Guillermo asumiera la regencia, el Estado Mayor estuvo proyectando una *Aufmarsch* contra Francia (24). Era sólo una cuestión de tiempo el que una de las dos potencias atacase a la otra. Antes de que quedase arreglado el asunto, sin duda pasarían bastantes meses.

La decisión llegó a fines de otoño de 1869, y la real venia favoreció, una vez más, a Krupp. Voigts-Rhetz envió a Alfred las felices nuevas. Estos dos se habían mantenido en estrecho contacto, y el general era ya un entendido en los achaques de Alfred. Ahora sabía que sus dolores de cabeza iban a terminar, y tenía razón. En junio, la camarilla de Roon se dispuso a actuar. Deseaban que la decisión fuera revocada, y proyectaron tranquilamente volver del todo al empleo de la artillería de bronce, antes de que estallara la guerra (*). Era una muestra de la mala disposición del ejército a lo que Voigts-Rhetz llamó «traición». La propia camarilla de éste había estado ante un dilema. Por el honor del Offizierskorps, ninguno de los antagonistas de Roon podía culpar del asunto a Guillermo. La solución era recurrir a un personaje civil. Se intercambiaron numerosas misivas entre Niza y Essen, y por fin, Alfred envió a Meyer ante el rey. Inquieto, Guillermo llamó a Voigts-Rhetz (lo que indicaba hacia dónde se inclinaban las simpatías del soberano) y le pidió su opinión. El general se mostró bastante claro. Informó que Krupp había incrementado la velocidad de salida de la bala a 1.700 pies por segundo, y podía aumentarla hasta 2.000 pies. «El rey —informó el general a Alfred— vio en seguida que el bronce no podría resistir, que por ser más blando se fundiría, y que el peso del arma tendría que aumentarse de tal modo que el cañón de cuatro pulgadas sería demasiado pesado para emplearlo en campaña.» Con eso se zanjaba la cuestión. Jubiloso ante la derrota de los oponentes, Voigts-Rhetz envió a Alfred una loa sobre el rey.

> «*Als ihm H. Meyer die Mitteilungen über ene feindselige Perfidie gebracht hat, habe er es gar nicht glauben künnen, dass es möglich sei... Wenn er von jenen Leuten nur nicht stets gehindert un aufgehetzt würde.*»

> «Cuando herr Meyer le dio la noticia de este acto malicioso y traicionero, (el rey) no podía creer que fuera posible... Parece ser que no maneja a esos necios y hostiles caballeros con demasiada consideración... Da verdadera alegría tratar estos asuntos con el rey, ya que éste demuestra muy buena voluntad, gran simpatía e interés, unido todo a una notable comprensión. Si al menos no se viera continuamente hostigado por esas gentes...» (25).

(*) No era imposible. La fabricación de cañones pesados exigía entonces un año, aproximadamente. Si los artilleros alemanes se hubieran pronunciado entonces por el bronce, habrían dispuesto de sus armas al iniciarse las hostilidades..., y con ello hubiesen provocado la derrota de Prusia.

A veces el general habla como si fuera un vendedor de Krupp. «Esas gentes» no parecían sus compañeros de armas, sino componentes de la empresa Armstrong.

Abril de 1870. París y Berlín muestran una actitud belicosa. En el Palacio Borbón se habla de relegar de nuevo a Prusia a sus fronteras anteriores al Königgrätz. El dedo de Bismarck ya está en el gatillo, por su parte, Guillermo le ordena que no dispare, pero las intrigas conducen a las hostilidades, de todos modos. Los españoles acababan de derrocar a su vehemente reina, Isabel II. Aún no habían designado el sucesor, y Bismarck respalda en silencio al príncipe Leopoldo, un Hohenzollern.

Como curiosa coincidencia, cierto empleado del príncipe Von Hohenzollern-Sigmaringen perdió su puesto ese mismo mes, y recurrió a Alfred. La respuesta de Essen fue tajante:

> «Lamento saber que está usted enfermo. Si le sirve de algún consuelo, le diré que lo mismo me pasa a mí desde hace años. Soy muy nervioso, incluso para escribir, y no terminaré esta carta sin un dolor de cabeza. *(Ich bin sehr nervös, darf nicht schreiben, schreibe diesen Brief nicht ohne Kopfweh nachher zu bekommen.)* De modo que debe excusarme la brevedad» (26).

¿Qué había ocurrido? Voigts-Rhetz no lo entendía; Krupp tenía tantos pedidos de Prusia, que Guillermo estaba desbancando a Alejandro II, como cliente principal. Bertha también se hallaba perpleja; su marido había abandonado Niza con el mejor de los ánimos. Essen no quedó menos asombrado. El rey de los cañones fue a tenderse en su alcoba, día tras día, en la postura de Friedrich Krupp, mirando al techo. Llamaron a un médico —Sigmund Freud aún era un chiquillo vienés—, y cuando el doctor hubo examinado al paciente, aseguró que no le encontraba nada, y se marchó tan confundido como los demás. Pero nosotros sabemos lo que le sucedía. Sabemos que Alfred se evadía frenéticamente de una situación crítica, para caer en otra. El estado de angustia era una forma de vida para él, y lo único que debía era descubrir el motivo de su quebranto.

Se trataba de la vivienda. ¿Acaso estaba mal acondicionada? En todo caso, podía solucionarse el problema. La Gartenhaus, como ya hemos visto, había resultado un desastre; pero en 1864, Alfred aún no era capaz de admitirlo. Poco le importaban el ruido y el olor (para entonces, su laringe estaba casi deshecha), mas había llegado a la conclusión de que la atmósfera era tóxica. Seguro de que el aire campestre sería «un medio de prolongar mi vida» y de que «si vivo un solo año más debido a ello, con seguridad puedo emplear un año provechoso allí», dio instrucciones a Pieper para que buscase un sitio adecuado. Eso no resultaba fácil; el aire puro casi había desaparecido de Essen. Las mejores tierras estaban en las márgenes del río Ruhr, y hasta allí las minas horadaban el terreno. Por otra parte, las instrucciones dadas a Albert Pieper complicaban notablemente la tarea de éste. No sólo quería Alfred verse libre «del polvo y el humo del negro carbón», sino que pedía un terreno lo suficientemente amplio como para que en él pudieran alzarse «la casa, los establos, un picadero, los patios, el parque y los jardines, así como pozos, fuentes, cascadas, lagunas en la colina y el valle, puentes sobre las hondonadas, y prados para los caballos, la caza y otros animales»; y todo eso deseaba que se hiciera sin llamar la atención. Temía a los «poco convenientes vecinos, las miserables chozas con habitantes de dudoso carácter, y los ladronzuelos» (como todos los recién llegados a Essen, eran Kruppianer,

sólo podía referirse a sus propios empleados), y sospechaba que cuando «se enteren de que pienso construir, tendré que pagar en oro lo que ahora puede comprarse con plata» (27).

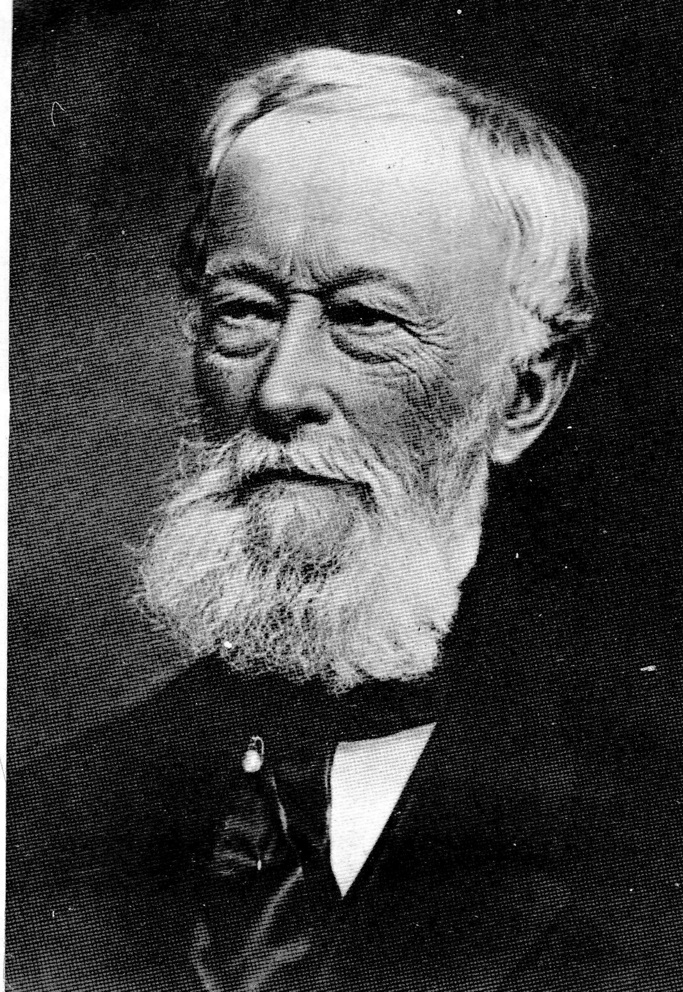
Pieper encontró un astuto personaje para la compra de terrenos. Era inevitable que se corriese la voz, pero a finales de ese año, Alfred tenía un domicilio provisional. La humareda de las fundiciones había sido remplazada por un sugestivo aroma procedente de «un prado llano, adecuado para pastoreo y para mantener una pequeña caballeriza». Luego, Alfred inició la construcción de la residencia permanente, y entonces comenzó la función de circo. Esta iba a proseguir durante un decenio, ya que Krupp trataba de proyectar algo más que un hogar. Lo que intentaba hacer era: *a*) atraer de nuevo a Bertha, o al menos a Fritz (con tristeza manifestaba que su «único muchacho» vivía «con mi mujer, lejos de mí»; *b*) habitar en un palacio donde pudiera recibir testas coronadas, y *c*) hacer un monumento para sí mismo. La solución *a*) era imposible; *b*) pudo haber sido logrado adquiriendo un castillo hipotecado en cualquier parte, posibilidad a la que renunció Krupp cuando supo que los barones terratenientes consideraban a los barones de las chimeneas como *nicht Salonfähig*, es decir, socialmente inaceptables. Quedaba *c*). En esto el propietario logró un éxito brillante, y construyó un equivalente alemán del monumento al príncipe Alberto (28).

Alfred Krupp había pasado revista al talento de los principales arquitectos de Europa, y decidió que el más capacitado era Alfred Krupp. Durante cinco años se aplicó intermitentemente a diseñar los planos. En los archivos familiares puede verse aún un horrendo conjunto de esquemas hechos a lápiz, con innumerables instrucciones y admoniciones escritas al margen. Cada una de ellas era un fiel reflejo de sus fobias. Las vigas de madera quedaron descartadas. Eran inflamables, de modo que el castillo de Krupp se construiría enteramente de acero y piedra. En tuberías de gas, desde luego, ni había ni que pensar. Como ahora podía escribir tan bien a la luz como en la oscuridad, las cabezas coronadas que le visitaran tendrían que conformarse con la luz de los candelabros. La intimidad del propietario debería ser sagrada, por lo que su alcoba estaría defendida por tres puertas con tres cerrojos cada una. Como odiaba las corrientes de aire (causaban pulmonía), todas las ventanas estarían perpetuamente cerradas, y la ventilación se llevaría a cabo mediante unos conductos especiales inventados por el arquitecto. Luego surgió el problema de los excrementos animales. Pensó a fondo en el asunto, y al fin tuvo como una inspiración. *Gott sei dank*, ¡qué idea! ¡Podía construir su despacho justamente encima de las caballerizas con respiraderos para que el olor ascendiera al piso superior! Y eso fue precisamente lo que decidió hacer, regodeándose, por así decir en su estiércol privado (29).

Se llamaría Villa Hügel, la Villa de la Colina. Después de tres siglos de habitar en Essen, la familia Krupp tendría al fin una mansión permanente. Dos serían, en realidad, pues la casa propiamente dicha (que comprendería un apartamento privado en el segundo piso para Guillermo) estaría unida por una galería de dos pisos a *das kleine Haus*, la casita, un ala independiente. *Der Hügel* sería algo más que una sede familiar; se convertiría en un monumento que asombraría a toda Europa.

La casa de Alfred fue ideada como un edificio de pesadilla. Y en su ejecución resultaba aún peor. Aún hoy uno se pone a temblar cuando se la describen. Hay algo de increíble en el castillo. Es de presumir que la fachada pretendía ser de estilo Renacimiento, pero aquí y allá la mesa de piedra caliza aparece bruscamente interrumpida con unas salientes curiosamente semejantes a las de las estaciones alemanas del ferroca-

Arriba: La Stammhaus antes de su destrucción por las bombas de 1944. Una reproducción se alza ahora en el mismo sitio.
Abajo: El despacho de Friedrich Alfried Krupp en la Stammhaus.



Alfred Krupp
(1812-1887)

10

Dear friend!
Don't mention my offer
to any one but to Fritz.
It will not be for my
life but I count on
you later to be with
Fritz. Keep this note.
Your friend
Alfred Krupp
13. Aug. 74

Escritura del Rey de los Cañones. Una carta para su agente en Londres, Alfred Longsdon.

El gran martillo de vapor llamado *Fritz* por Alfred Krupp , en honor de su hijo. *Abajo*: Convertidores *Bessemer* de Krupp, en 1900. Instalados en 1862, fueron los primeros del Ruhr.



Bertha
Eichhoff Krupp
(1831-1888)



Margarethe
von Ende Krupp
(1854-1931)



Friedrich Alfred Krupp (1854-1902). El retrato favorito de la familia. En otras fotografías aparecía menos prusiano.

Bertha Krupp (1886-1957) en 1909 con Alfried a los dos años de edad (1907-1967).

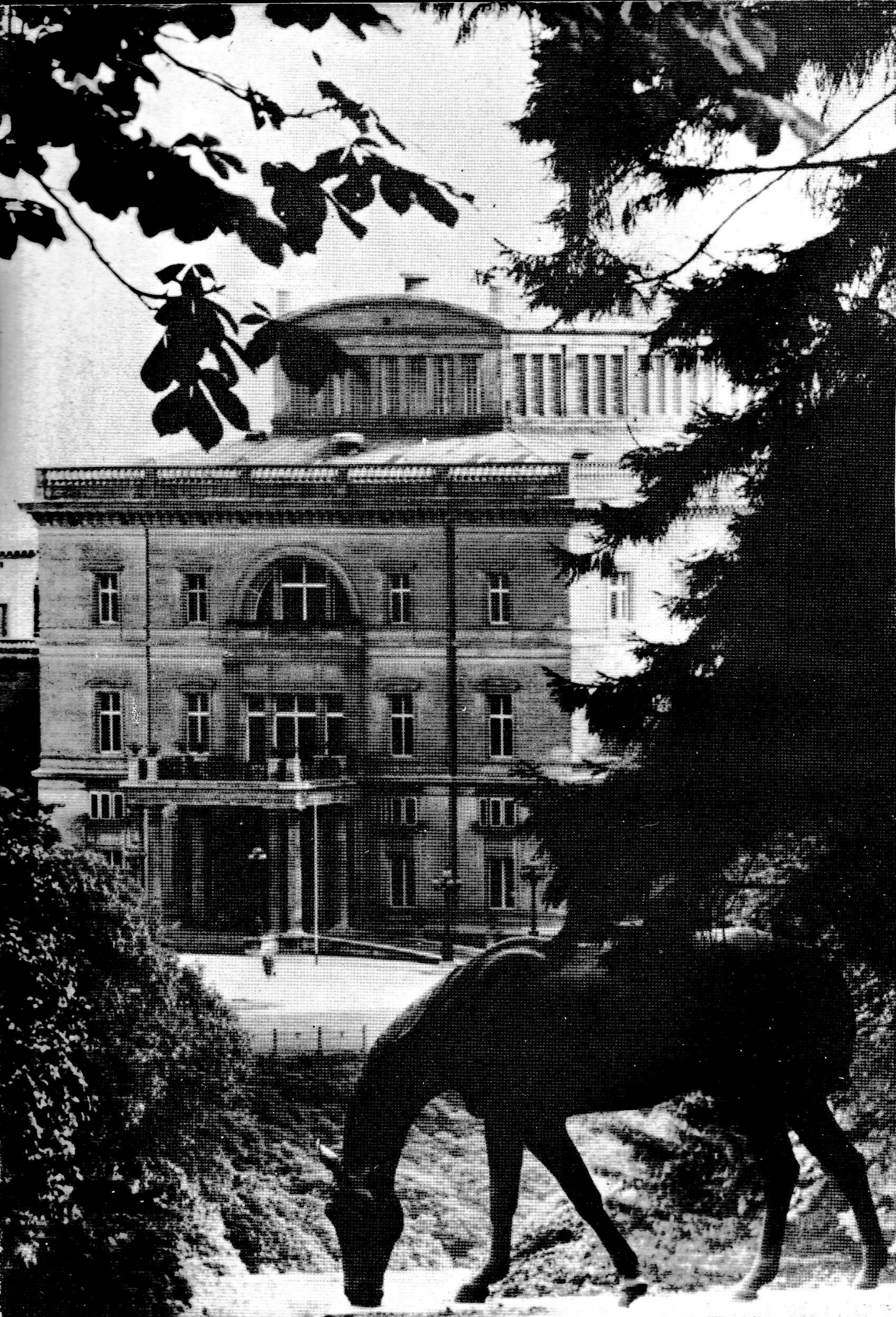




Gustav Krupp (1870-1950) dirigiéndose a los invitados al Centenario, en el salón de mármol del Hauptverwaltungsgebäude, el 8 de agosto de 1912. A la derecha de Gustav, el Estado Mayor alemán.



Hacia su izquierda, el almirante Tirpitz y su Estado Mayor. Frente al orador, el kaiser con la emperatriz, Bertha y Margarethe Krupp. Los gobiernos civil y militar se sientan detrás.



Un ala de Villa Hügel.

rril. Incluso la grotesca estructura del techo presenta una indudable semejanza con la estación terminal de Colonia. Al pasear en torno a la mansión, pueden verse unos como acusadores ojos tallados en la piedra, así como estatuas de leonas de las que surgen senos humanos de forma abombada. Si esas paredes pudieran hablar, sin duda dirían algo indecente, piensa uno. Como una de las características del lugar se cita el hecho de que nadie sabe realmente el número de habitaciones con que cuenta. El actual archivero de la familia Krupp cree que son 156 estancias en la casa grande y 60 en *das kleine Haus,* en total 216; pero otra relación más actual llega a establecer 300 habitaciones. En realidad, eso depende de a lo que uno llame habitación. El interior del edificio es un dislocado laberinto de salones, puertas ocultas y pasadizos secretos, por lo que no es adecuado tomar demasiados *schnapps* en Villa Hügel.

Hacia el decenio de 1860 todo esto se hallaba en el papel. Krupp aún no estaba seguro del lugar donde quería colocar su engendro. Pero sí sabía que la decisión iba a ser solamente suya. No habría topógrafos; él efectuaría las mediciones. Entonces ordenó la construcción de una torre de madera, la cual sería más alta que el más elevado de los árboles del Ruhrgebiet. En la parte inferior de la torre se colocaron ruedas, y Alfred trepó a lo alto. A continuación, un grupo de sudorosos Kruppianer, tocados con sombreros sin ala, empujaron renegando el armatoste a través de los matorrales, mientras el Kanonenkönig permanecía arriba, sin quitarse la chistera, escudriñando los alrededores con unos gemelos. Pero había algo más de lo que alcanzaban a ver los ojos. Bajo tierra una pequeña empresa estaba horadando allí minas horizontales, y había que considerar la posibilidad de que el contratista de Alfred, al construir los cimientos de la mansión, pudiera hundir las galerías situadas debajo. Por fin, en 1869, Alfred se decidió. *Der Hügel* se asentaría en la falda de una colina que daba hacia el río (30).

Ocurrió que en el lugar elegido no había ni un solo árbol, y aunque éstos no eran muy del agrado de Alfred, en el terreno de la casa propiamente dicho, sí le gustaba verlos afuera. Estaba acercándose a los sesenta años, y no había tiempo para plantar arbolillos y esperar a que creciesen. Por consiguiente, resolvió adquirir densas arboledas en otros lugares, y trasladarlas hasta allí. Se compraron alamedas enteras en las vecinas comarcas de Kettwig y Gelsenkirchen. En lo más crudo del invierno, con las raíces heladas y las ramas quebradizas por el hielo, el singular bosque fue trasladado a la colina en vehículos especiales. A los boquiabiertos obreros que contemplaban la operación desde el borde la carretera, aquello les parecía una maravilla. La primera operación constituyó un verdadero triunfo, ya que al llegar la primavera todas las ramas retoñaron dócilmente. La antes desnuda colina resplandecía de verdor. Y en abril de 1870, Alfred puso la primera piedra de su castillo (31).

Inmediatamente comenzaron a producirse una serie de desastres. Un huracán arrancó los primeros andamios; y lluvias torrenciales convirtieron las zanjas en cenagales. A pesar de todo, los muros fueron alzándose lentamente; pero cuando aún no estaba terminada la esquina del sudoeste, Alfred comprobó una mañana, lleno de espanto e indignación, que la pared presentaba numerosas grietas. A semejanza de Alemania, de la que debía ser una perpetua alegoría, Villa Hügel estaba en peligro de convertirse en una broma nacional. Y sin embargo, igual que el Reich, seguía levantándose viga a viga y bloque a bloque. A decir verdad, ambas iban a construirse juntas. El 19 de junio, el príncipe Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, con la aprobación de Guillermo, decidió aceptar la corona de España. Hubo una indiscreción; París se enteró del asunto, y el irascible duque de Gramont, que recientemente se había hecho cargo del

Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, amenazó a Berlín. Vaciló Guillermo, y luego aconsejó a Leopoldo que abandonara sus pretensiones. Pero Gramont y la emperatriz Eugenia no se dieron por satisfechos, y querían una disculpa real. En el balneario de Ems, Guillermo decidió renunciar a sus intenciones (32).

Bismarck vio entonces una oportunidad. El 13 de julio, con Roon y Moltke siguiéndole de cerca, transcribió el telegrama de negativa de Guillermo alterándolo lo suficiente como para convertirlo en un instrumento de provocación. Su Majestad el rey, terminaba diciendo la versión de Bismarck, había decidido no recibir de nuevo al embajador francés, y por medio del ayudante de campo de Su Majestad le hizo saber que el rey no tenía nada de que comunicar al embajador.

Según aseguró Bismarck a Moltke (al que no cesaba de hostigar declarando que sería mucho mejor iniciar la lucha en esos momentos, y no unos años después, cuando las reformas militares francesas se hubieran llevado a cabo), no tendría el efecto de una capa roja delante de los ojos del toro galo.

Así ocurrió, en efecto. Evidentemente, de acuerdo con las intrincadas reglas que caracterizaban al cuerpo diplomático del siglo XIX, el asunto no podía tener otra consecuencia. Fue un acto tan insultante que Napoleón III no tuvo otra alternativa. Debía declarar la guerra, y dos días más tarde así lo hizo, con lo que causó a Alfred Krupp uno de los dolores de cabeza más intensos que había tenido en los últimos tiempos. Al principio esto parece desconcertante. Para él, la guerra era, después de todo, una oportunidad de sobrevivir. Pero se comprende su disgusto cuando llega uno a saber del tremendo error que Alfred había cometido, y del que se enteró en esos momentos. Los planes de construcción de su casa estaban basados en el empleo de un solo material: una piedra caliza francesa, procedente de las canteras de Chantilly, situadas en las afueras de París (33).